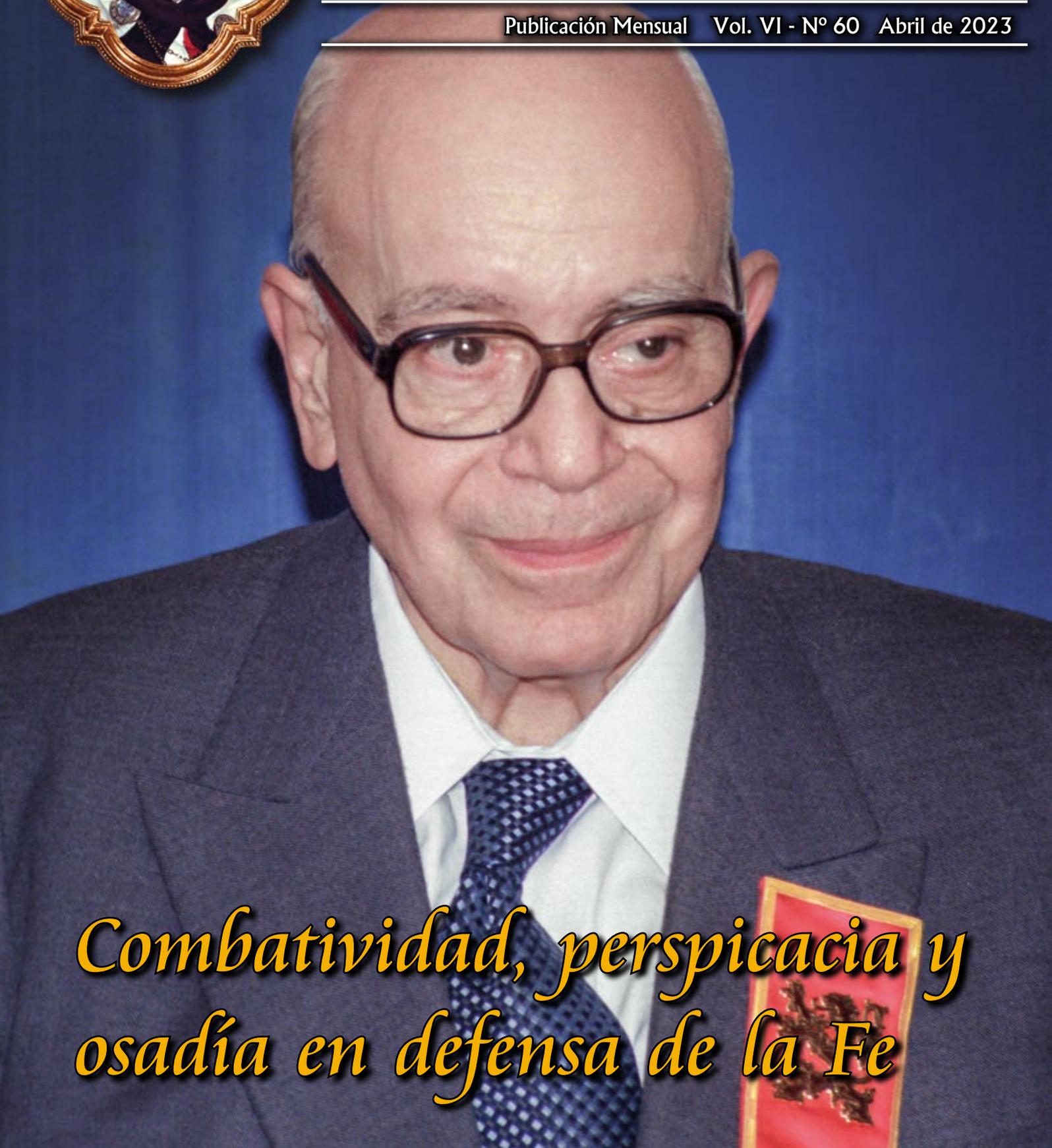




Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VI - Nº 60 Abril de 2023



*Combatividad, perspicacia y
osadía en defensa de la Fe*



Dijo "sí" para la vocación y la realizó

El Padre Damián, considerando la existencia de personas sumergidas en un infortunio profundo, con la enfermedad horrible de la lepra, sintió tanta compasión y un tal deseo de ayudarlas a cargar esa infelicidad tremenda, que tuvo un movimiento interior de alma de ir a la Isla Molokai, donde había un inmenso leprosario, para cuidar a los leprosos.

Cierto día, predicándoles un retiro, les dijo: "Hijos míos, yo quería decirles que hoy, más que nunca, soy de los vuestros, porque comencé a sentir en mí los primeros síntomas de la lepra."

Murió leproso, contento por haber ayudado aquellos pobrecitos a soportar con alegría y resignación la enfermedad de la cual se acabó contagiando, dando por bien empleados sus sufrimientos.

Fue la gracia de Dios que le dio una sensibilidad especial y claridad de vistas para ver los padecimientos de aquella gente y cuánto él estaba dotado de recursos personales, de gracia, de bondad, de consolación para atenuarlos. Entonces, por amor a Dios, decidió renunciar a todas las alegrías de esta vida para sumergirse en aquel océano de dolor.

Es una vocación. Esta gracia especial tocó su alma, como quien toca una puerta, y preguntó: "Hijo mío, ¿quieres hacer este sacrificio? ¿Quieres ir en medio de los leprosos? ¿Quieres correr el riesgo de volverte leproso, para hacer el bien a aquellos infelices?"

Él respondió: "Sí!"

En esa hora comenzó un camino. Él dijo "sí" para la vocación y la realizó.

(Extraído de conferencia del 24/08/1991)



Sydney B. Swift (CC3.0)



San Damián con los niños de la colonia de leprosos de Kalaupapa, Molokai, en 1889, año de su muerte.

Sumario

Vol. VI - No. 60 Abril de 2023



En la portada, Dr. Plinio en 1982.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

- SEGUNDA PÁGINA**
- 2 *Dijo “sí” para la vocación y la realizo* 
- EDITORIAL**
- 4 *Fecundidad sobrenatural de la Iglesia, una verdad de Fe*
- PIEDAD PLINIANA**
- 5 *Oración de la noche* 
- DOÑA LUCILLA**
- 6 *Una luz se apaga en el tiempo, para brillar en la eternidad* 
- REFLEXIONES TEOLÓGICAS**
- 10 *Cristo Gladífero y nuestra vida espiritual* 
- LA SOCIEDAD ANALIZADA POR DR. PLINIO**
- 15 *La marcha de la Contra-Revolución y de la Revolución* 
- SANTORAL**
- 24 *Santos de Abril* 
- HAGIOGRAFÍA**
- 26 *El apóstata que se volvió santo* 
- LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA**
- 31 *Soldados del Señor
Dios de los ejércitos* 
- ÚLTIMA PÁGINA**
- 36 *Características del batallador de la Santísima Virgen*

Fecundidad sobrenatural de la Iglesia, una verdad de Fe

Muchos se admiran de la actitud tomada por los Apóstoles en relación con la Resurrección. El Redentor había dicho que resucitaría de entre los muertos. Sin embargo, habiendo expirado en la Cruz, los Apóstoles se dejaron dominar por un abatimiento, haciendo trasparecer claramente toda la duda que los invadía. Y Santo Tomás quiso tocar con sus dedos al Salvador, para creer en la objetividad de la Resurrección.

Ahora, también nosotros estamos sujetos a semejante flaqueza. Aunque creamos con toda la firmeza en la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, hay otra verdad que Él afirmó de modo inequívoco y sobre la cual su palabra no es menos infalible que cuando predijo su Resurrección: es la fecundidad sobrenatural de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, que permanecerá de pie, activa en relación a las embestidas de todos sus enemigos, hasta la consumación de los siglos, siempre capaz de atraer por la gracia a los hombres de buena voluntad.

La Iglesia jamás perderá este don de atraer a las almas. Negarlo implica negar que Jesucristo es Dios o que los Evangelios son libros inspirados. Es, pues, negar la propia Religión. Pero de esta verdad que todos aceptan, que tienen enraizada y que ven con igual clarividencia ¿sacan de ella las mismas conclusiones?

En los días turbios que atravesamos, cuando vemos la herejía dilatarse y amenazar al mundo entero ¿cuántos juzgan la Iglesia tan amenazada que se sienten inclinados a concesiones doctrinarias delante de los actuales dominadores del mundo?

Hoy en día la paganización de las costumbres penetró en todos los ambientes de la sociedad y cavó un abismo cada vez más profundo entre el espíritu de la Iglesia y el de la época. En vista de eso, muchos aconsejan concesiones morales capaces de reconciliar la Iglesia con esta sociedad, sin cuyo apoyo se teme que la Esposa de Cristo sufra un colapso.

Ante la formación de corrientes pseudo-científicas cada vez más contrarias a las enseñanzas infalibles de la Iglesia ¿cuántos desearían que ella, si no alterase las verdades ya definidas, al menos no explicitase su doctrina en puntos controvertidos, ya que cualquier definición por parte del catolicismo podría tornar las divergencias con nuestra época aún mayores?

Sucede que la Doctrina Católica es un conjunto de verdades. Desde que en ese conjunto una sola verdad fuese adulterada, la Doctrina Católica ya no sería la misma. Así, intentar acomodarla, adaptarla, componerla, es trabajar para que ella pierda su identidad consigo misma; en otros términos, es intentar matarla.

Luego, creer que el apostolado no es posible sin esa adaptación es juzgar que la Iglesia solo puede vencer muriendo!

La manía de condescender lleva a mucha gente a procurar dilatar los espacios intelectuales reservados a la duda. Ante una afirmación deducida de la Doctrina Católica, la pregunta debería ser: ¿Puedo incorporar esta nueva riqueza al patrimonio de mis convicciones? Y no: ¿Qué razones consigo descubrir para dudar también de esto?

Si la Revelación es un tesoro y la difusión del Evangelio un bien, cuanto más ese tesoro se difunde y ese bien se distribuye, tanto más contentos debemos estar. Muchos, sin embargo, piensan lo contrario: “Cuanto más se ocultan las derivaciones lógicas de la Revelación y se abrevian las consecuencias de lo que está en el Evangelio ¡tanto más caritativo se es! ¡Cómo Dios hubiera sido compasivo si hubiese impuesto una moral menos severa! ¿Por qué Él no previó que en nuestro siglo esa moral sería un estorbo imposible de difundir? Corrijamos la obra de Dios, disminuyamos lo que en ella hay de desmedido, sofoquemos la luz de lo que brilla demasiado, y así beneficiaremos a la humanidad” ¡Cuánta gente, en la práctica, raciocina así!

Proceder de esa manera, ¿no refleja el temor de que la Iglesia ya no cuenta con el apoyo de Dios y, si no se baratea, ya no pueda arrastrar las turbas? Esa duda sobre el auxilio sobrenatural que Dios da a la Iglesia ¿no se parece mucho con la que hubo antes de la Resurrección?

Reflexionemos en esto y pidamos a Nuestro Señor que, haciendo resucitar en nosotros los tesoros de las gracias que rechazamos, volvamos nuevamente a aquella ortodoxia virginal de Fe y a aquella perfección de vida que tal vez el pecado nos haya robado.*

* Cf. *O Legionário* n 448, 13/4/1941.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Oración de la noche

Os agradecemos, oh Madre del Buen Consejo, todas las gracias y favores que nos alcanzasteis a lo largo de este día. Perdonad nuestras infidelidades y aceptad nuestra fatiga como una merecida reparación por nuestras faltas. Obtenednos un reposo favorecido por vuestros santos Ángeles, bajo vuestra mirada pura y maternal, a fin de que, al despertar mañana, nos encontréis siempre listos para luchar cada vez más por Vos, y así amaros con un fervor siempre creciente. Así sea.



Una luz se apaga en el tiempo, para brillar en la eternidad

El 21 de abril de 1968, Doña Lucilia entregaba su alma a Dios, terminando su peregrinación terrena. La serena acción de presencia que la caracterizaba continuaría, no obstante, a hacerse sentir junto al Dr. Plinio, abriéndole una nueva perspectiva de aquel horizonte en el cual ya lo había insertado desde la tierna infancia, cuando le enseñó a decir los nombres de Jesús y María, aún antes de saber decir papá y mamá.



Durante su vida, Doña Lucilia tuvo todas las formas de ternura posibles. Sin embargo, cuando ella se hizo muy anciana, noté que su afectividad se expandía más moderadamente. No podía ni siquiera imaginar un poco que fuese por quererme menos, pero pensé que se trataba de la falta de vitalidad propia de la vejez.

Delicadeza de alma llevada al extremo

Sin embargo, algún tiempo después de su fallecimiento supe de un hecho encantador, que la expresa por entero. Ella le contó a alguien que había programado comenzar a agradarme menos algunos años antes de morir, para que yo no sintiese tanto su falta cuando eso sucediese. Es decir, hasta allá llegó su providencia.



Doña Lucilia en marzo de 1968



Comedor del apartamento de Doña Lucilia



El Dr. Plinio en marzo de 1968

Es una delicadeza de alma llevada hasta el extremo. Porque el egoísmo llevaría la persona a pensar: “Cuando yo me muera, ¿qué falta él va a sentir de mí?” Me contaron de un señor a quien sus hijos no lo respetaban como debían, y los censuraba diciendo: “Cuando yo me muera, ustedes van a sentir mi falta.” Ella nunca dijo una cosa de esas, nunca, nunca, nunca...

Creo que solo la oí hablar de su propia muerte una vez, con mi padre. En cierta época del año había puestas de sol muy bonitas sobre la Plaza Buenos Aires¹, que se podían ver desde nuestro comedor. Los dos estaban contemplando el atardecer, cuando mi madre se acercó a él y apoyó la mano sobre su hombro. Yo me quedé asistiendo a la escena, interesado naturalmente en la acción de ella. Entonces ella dijo: “João Paulo, ¿hacemos un acuerdo? Aquel de nosotros que muera después del otro, cuando venga aquí a la ventana a ver esa puesta del sol, reza un Ave María por el que ya falleció.” Con toda certeza ella rezó muchas Avemarías, pues murió casi diez años después de mi padre.

En medio del sufrimiento, contemplando el Cielo que se acercaba

La muerte de mi madre sucedió del siguiente modo. Yo todavía me encontraba en camino de completar la recuperación de la crisis de diabetes que había tenido, y cenábamos a solas en casa. Con 92 años, mi madre ya no estaba enteramente lúcida, y por esa razón yo hablaba muy lentamente, para que ella pudiese entender y participar de la conversación. Parecía muy entretenida, mirándome fijamente y procurando acompañar lo que yo decía.

Mientras estábamos así, en la tranquilidad de nuestra casa, la muerte se presentó. Ella comenzó a decir que sentía como unos algodones alrededor del cuello, que le quitaban el aire y la incomodaban mucho. No había algo más, ella estaba en condiciones normales. Entonces percibí que se trataba de algo grave.

Aunque el médico recientemente la había examinado y le pareciera que su corazón estaba normal para esa edad, inmediatamente mandé a llamarlo. Con la ayuda de la emplea-

da que la auxiliaba, la llevé al cuarto y ella se acostó. Había llegado el fin de su vida: era una crisis cardíaca fortísima, acompañada de asfixia.

Después de examinarla, el médico me dijo bajito: “El corazón está en pésimas condiciones, de repente... Ella llegó al fin de su vida. Ud. debe prepararse.”

Naturalmente, pasé el 20 de abril entero junto a su cama, conversando y procurando consolarla. En medio de la falta de aire, ella se mantenía en una calma que me dejaba pasmado. Y con resolución, mirando siempre al frente. Yo notaba que ella tenía conciencia de que estaba muriendo; veía llegar la muerte, ¡pero veía también el Cielo acercarse!

Estando aún muy debilitado, al final del día me fui a descansar.

Mientras las vastedades de la Tierra parecían quedar desguarnecidas...

A la mañana siguiente, me desperté y pregunté por ella a un médico amigo que la había asistido durante la noche. Desayuné y leí un poco el periódico, con la intención de ir enseguida a



El Dr. Plinio en la Misa de séptimo día de Doña Lucilia, el 27 de abril de 1968

verla, cuando me vinieron a avisar que ella estaba in extremis: “Dr. Plinio, si Ud. quiere alcanzar a ver a Doña Lucilia con vida, venga ya, porque ella se está muriendo.”

Yo había sufrido una amputación en el pie derecho y aún estaba con dificultad de locomoción. Me levante como pude y fui a su cuarto, contiguo al mío. Cuando llegué, el médico dijo: “Ella murió”.

El médico contó que de repente su corazón falló, y mi madre sintió que se acercaba la muerte. Percibiendo que yo aún estaba convaleciente, tuvo la delicadeza de no llamarme. Antes de morir hizo una gran señal de la Cruz, así, resolutivo, desde lo alto de la cabeza hasta el pecho, y con esa gloriosa señal de la Cruz expiró.

Yo entré en el cuarto... ¿qué podía hacer? No sé cuántas décadas hacía que no lloraba. En esa ocasión lloré copiosamente, caudalosamente...

Inmediatamente, lo que más pensé fue que aquel firmamento de belleza moral —que su alma era para mí—, se iba a apartar de mi vista. Y esa idea era muy dolorosa.

Por otro lado, tenía la sensación de la destrucción y de la catástrofe propias de la muerte. A pesar de creer en la vida eterna, yo sabía que la muerte es un castigo por el pecado original, y la desintegración de uno de los elementos constitutivos del ser humano. Ahora bien, allí estaba aquella que me había dado la vida. Aquel cuerpo que yo veneraba tanto iba a ser consumido por los gusanos, reducido a polvo, y hasta el último día, cuando la trompeta del ángel sonara, ella estaría físicamente en la inanidad de la sepultura. Claro que eso

también me causaba dolor.

Pero lo que me causaba una especie de asfixia —y constituía el dolor más profundo—, era pensar que un alma tan noble, tan venerable, a la cual yo quería tanto, se alejaba del mundo de los vivos, que quedaba cada vez más desproveído de grandes almas. Y algo de la estética del universo visible se resentía. En el tremendo apagar de luces preannuncio de una terrible crisis en la Santa Iglesia, un alma de esas se iba al Cielo y dejaba las vastedades de la Tierra desguarnecidas. Como hijo de la Iglesia Militante eso me dolía, aunque hubiese mil pensamientos para consolarme, como el de que ella iba a pertenecer a la Iglesia Gloriosa.

Esas eran las consideraciones que me venían al espíritu, mezcladas con mil recuerdos difusos de su vida.

...un horizonte se abría en la eternidad

Después me fui al cuarto y me preparé para velar su cuerpo durante su permanencia en casa, y acompañarlo hasta el cementerio.

Mientras me alistaba, de repente la tristeza desapareció de mi alma, y a pesar del dolor sentí una serenidad extraordinaria, era como una ayuda de ella, solícita hasta en ese punto.

Me dirigí a la sala de la casa donde su cuerpo estaba expuesto, y comenzaron a llegar los familiares y conocidos. Más tarde fui hasta el cementerio en que sería enterrada, pero no bajé a acompañar el cuerpo, porque mis condiciones no lo permitían. Volví entonces a casa. Era la primera vez que allí entraba sin que su dueña estuviese presente... ¿Qué podía hacer? Rezar, acostarme, dormir. Y la vida continuó...

De ahí en adelante, la figura de Doña Lucilia como que pasó de esta vida a mi alma. Me acuerdo de ella frecuentemente —las reflexiones que estoy haciendo muestran mucho eso—, pero sin lamentaciones. Delante de mí se abrió un nuevo horizonte, en el extremo del cual estaba Nuestra Señora y la Santa Iglesia Católica. No se trataba propiamente de un horizonte nuevo, sino de un horizonte en el cual, por la acción de Doña Lucilia, aun antes de saber decir papá y mamá, yo sabía decir Jesús y María.

En esas condiciones, su ausencia apenas ampliaba mi perspectiva: mi madre pasaba a residir en el horizonte que yo debo encontrar, cuando llegue mi turno de cerrar los ojos y entrar en la eternidad.

Imaginando el reencuentro anhelado

¿Cómo se dará ese reencuentro?

¡No puedo pensar en eso! Por increíble que parezca, yo medito con respecto al Cielo con cierto cuidado. Porque la vida es tan dura y el Cielo es tan atrayente, que existe el peligro de que el hombre se quiera ir ya para el Cielo y dejar la lucha. Ahora, por ejemplo, puedo caer muerto —eso sucede con tantos hombres de mi edad—, ser juzgado y entrar al

Cielo. ¡Se trataría de un tal provecho, que no oso pensar en el Cielo!

Cuando al fin entremos en el Cielo, tendremos desde el primer instante la visión beatífica. Veremos a Dios en toda su infinitud, gloria y perfección, de tal forma que quedaremos completamente invadidos por ese conocimiento personal de Él.

Al mismo tiempo, contemplaremos la humanidad santísima de Nuestro Señor Jesucristo, después a Nuestra Señora, y a seguir, a todos los Ángeles y santos. Para comprender qué significará eso, basta considerar que los Ángeles, incluso los de los coros inferiores, son de tal naturaleza, que cuando aparecen a los hombres con frecuencia los dejan asustados. En el Cielo no cabe ese temor, sino admiración. Y tales maravillas conoceremos en la luz de Dios.

Vamos también a reencontrar a las personas que amamos en la Tierra, pero de un modo diferente del que las conocemos, porque estarán revestidas de la gloria del Cielo. Y nosotros mismos estaremos cambiados, pues la misma gloria nos revestirá.

Será un encuentro indecible, con respecto al cual vale la pena meditar, aunque reconociendo que la palabra humana es incapaz de transmitir esa realidad.

Pero yo tengo la certeza de una cosa: es la de que, cuando yo reencontré a mi madre, nosotros, por así decir, nos abrazaremos y nos besaremos –como lo hacíamos en vida– después de un muy largo viaje. Y así como ella, en la noche solo quedaba tranquila cuando yo volvía a casa, tengo la impresión –y es una mera impresión– de que Doña Lucilia tendrá una alegría especial viendo que, ¡por fin, llegué al Cielo!

Sin embargo, por lo que conozco de ella, esa alegría no sería tan completa si yo encontrase una forma de ir al Cielo antes de la hora. Mi madre sería propensa –para hablar en los

términos de esta Tierra– a preguntar: “Filhão², ¿por qué cesaste la lucha antes de la hora?” Y ella podría aconsejarme, en un tono de afectuoso reproche: “Yo aguanté hasta los 92 años. ¿Tú no quisiste aguantar hasta el fin?”

“Toma un pequeño sorbo de mi felicidad”

Muchos años después del fallecimiento de Doña Lucilia, cierto día tuve un sueño con ella.

Vi una figura vaga, con apariencia entre una persona real y una fotografía, en la cual me pareció ver a mi madre como ella está en la última fotografía que se tomó en vida. Miré con más atención. Entonces me conmoví mucho y exclamé: “¡Madre!” Ella asintió confirmando, pero sin dejar enteramente el aspecto, por así decir, fotográfico.

Le dije a ella una serie de cosas, cómo la quería mucho, y lloré –para mí, bastante, porque no soy dado a llorar–. Ella se complacía mucho en notar cómo yo sentía su falta y me emocionaba al verla. Sonreía como una persona muy feliz, y en el fondo, levemente daba a entender que percibía cómo yo estaba sufriendo, pero que, para quien estaba en el Cielo, esos sufrimientos no eran nada.

Sobre todo, guardé las expresiones de su fisionomía, las más afectuosas que se puedan imaginar. Pero al mismo tiempo, mi madre parecía deseosa de hacerme comprender cómo ella era feliz y eso debería dejarme alegre. Se trataba como de una enseñanza: “Hijo mío, ve, yo estoy en el Cielo y soy tan sensible a tu sufrimiento. Sin embargo, eso no perturba mi alegría, porque veo que la vida terrena es un instante y que, si fueres fiel, todo se resolverá. Viéndome así, toma un pequeño sorbo de mi felicidad.”

Cuando me desperté, percibí que se trataba de un sueño, pero la sensación de la cercanía de ella era tan viva, que me impresionó mucho. ❖

(Extraído de conferencias de 1982, 1983, 1984, 1986 y 1994)

- 1) Localizada en el Barrio Higienópolis, en São Paulo, cercana al apartamento en que el Dr. Plinio residía con sus padres.
- 2) En portugués, aumentativo afectuoso de hijo, con el cual Doña Lucilia trataba al Dr. Plinio.



El Dr. Plinio el 22 de abril de 1994



Doña Lucilia en marzo de 1968

Cristo Gladífero y nuestra vida espiritual

A lo largo de los siglos, Nuestro Señor Jesucristo manifiesta a los fieles diferentes matices de sus infinitas perfecciones, según las necesidades de cada tiempo. En una época como la nuestra, cuando la Iglesia y la sociedad se encuentran asaltadas y afligidas, ¿cuál de sus atributos desea destacar el Redentor?

La noción que el Bienaventurado Urbano II y aquellos que, como Godofredo de Bouillon, atendieron su llamado para la liberación del Santo Sepulcro, tenían sobre Nuestro Señor Jesucristo era tal que despertó en ellos el entusiasmo por la Cruzada. Es decir, en la opinión de estos hombres la personalidad del Redentor contenía aspectos que despertaban en sus almas el espíritu de cruzado.

Ora, durante mi infancia la forma de ver a Nuestro Señor Jesucristo a la que me habituaron no conducía de ningún modo a eso! Por lo tanto, faltaba cierto elemento que estaba necesariamente en Él, pero que la “herejía blanca”¹, sumada a otras

malversaciones de la época, retiró de su Persona adorable.

Para entender bien este tema, debemos tener en cuenta algunos presupuestos.

‘Nuances’ diversas en el modo de considerar a Nuestro Señor

Movidos por una forma peculiar de contemplar a Nuestro Señor Jesucristo, los cruzados lograron proezas santísimas y grandiosas; sus nombres quedarán inscritos en la Historia hasta el fin de los tiempos. De otro lado, también es verdad que, a pesar de muy diversa, la forma de considerar al Hombre-Dios en los siglos XIX y



XX fue santísima y grandiosa, y llevó a muchas personas a realizar actos de insigne santidad, representando todo el sacrificio del espíritu humano y una auténtica santidad, aunque pareciera que ahí no estuvo presente aquello que movió a los cruzados.

Fácilmente se percibe que se trata de una cuestión espinosa. Pero vamos a analizarla con confianza en que con el favor Nuestra Señora llegaremos a una solución seria, sólida y ortodoxa.

La forma como los medievales veían a Nuestro Señor Jesucristo tenía algo propio del período particularmente guerrero y militante en que vivieron. No era una consideración subjetiva sino real, que hacía brillar los atributos especiales de su Persona. Sin embargo, sin negar estas perfecciones, en tiempos posteriores Él las dejó más a la sombra y manifestó otras, que era necesario enfatizar.

Por tanto, no se puede decir que hubo algún defecto en ese proceso. Pero indiscutiblemente se introdujo una desviación, de modo que cuando el momento del combate se presentó nuevamente bajo la forma de una Cristiandad tan asaltada y tan angustiada que solo se levantaría nuevamente con una Cruzada, los hombres se encontraban impedidos de ver la perfección que Nuestro Señor manifestó en aquel entonces.

Exageración subrepticia en el “cambio de colores”

Cuando estudiamos la vida de los santos del siglo XIX canonizados por la Iglesia, cuya santidad por tanto nos inspira con toda confianza, a menudo notamos situaciones que muestran que en ellos hay espíritu de Cruzada. Sin embargo, la forma de presentar al público estos santos deja en la sordina estos hechos, aunque sin ocultarlos por completo.

Hubo, por lo tanto, un cierto “cambio de colores” en la consideración de la Persona de Nuestro Señor Jesucristo, dispuesto por la Providencia debido a las circunstancias; pero hubo también una cierta substracción, que exageró esa diferencia de tonalidad e hizo que el color propio de la Edad Media estuviera más ausente de nuestro panorama de lo que legítimamente debería estar.

Así, la “herejía blanca” ralentizó la evolución general de los fieles en la dirección que los acontecimientos pedían y, por tanto, fue perjudicial desde ese punto de vista. Además, ocultó o al menos subestimó algo que no debería haber ocultado ni subestimado, creando finalmente una situación muy difícil para nosotros.

¡De hecho, nuestras almas solo darán enteramente lo máximo de lo máximo si son colocadas delante de una perspectiva y una adoración a Nuestro Señor que contenga todos los elementos propios para despertar el espíritu del cruzado!

El alma de cruzado de una Carmelita de Lisieux

Algo muy característico en este sentido son las imágenes de Santa Teresita del Niño Jesús comúnmente vistas, que la representan deshojando los pétalos de las rosas.

De los que rezan a Santa Teresita ante estas imágenes y quedan deslumbrados con su santidad, ¿quiénes tienen la noción de que en su au-



Santa Teresita del Niño Jesús representando a Santa Juana de Arco

tobiografía la Carmelita de Lisieux manifiesta deseos muy osados?

Ella buscaba hacer por la Iglesia todo lo que era necesario en esa época para salvar almas. Entonces decía: “Quisiera corroerme de penitencias; quisiera ser misionero en tierras lejanas; me gustaría –ahora añadiré algunos anhelos imaginarios– ser profesor, y desde lo alto de una prestigiosa cátedra deshacer el error de los infieles; quisiera ser obispo, para reivindicar los derechos de la Iglesia desde el púlpito”. Y de ahí para adelante².

En un momento dado, ella dice: “¡Quisiera ser un cruzado, para blandir el hierro contra los enemigos que avancen sobre la Iglesia!”³

Ahora bien, la mayoría de los devotos de Santa Teresita no tienen idea de



que esto estaba en su espíritu y, al leer este último pasaje, tal vez incluso desvían sus ojos por una especie de pudor, pensando que tal declaración desfiguraría la belleza moral que vieron en ella. Porque, piensan, Santa Teresita debería tener una forma de dulzura que no era compatible con un cruzado.

Tanto es así que eso se verifica también en la veneración de Santa Juana de Arco, presentada en general con coraza y con todo el apresto de una Santa que comanda un ejército. No hay, por ejemplo, imágenes que la representen en actitud de combate. Se sabe que mató durante las batallas, pero le sorprendería verla practicar el acto de matar, debido a una idea deformada y medio instintiva de santidad que nos fue transmitida.

Se trata de formar el espíritu de Cruzada

Se crea, entonces, una especie de contradicción interna en nosotros. Hemos decidido llevar hasta el final nuestro espíritu de Cruzada, pero nos sorprendemos con esa imagen de santidad difundida en nuestros días, en la que, de hecho, hay mucho de verdadero. Esta es precisamente la cuestión: ha habido cambios de matiz legítimos y hubo sustracciones fraudulentas. A tal punto que el común de la gente nunca imaginaría a Nuestro Señor presente y hablando a través de los labios del Bienaventurado Urbano II al convocar la Cruzada, que tenía como objetivo liberar su tumba de las manos de los infieles.

El resultado es que los elementos capitales de la Cruzada están ausentes de la meta que cómodamente consideramos como nuestra. Se necesita una especie de ingeniería para introducirlos en nuestro panorama religioso, porque estamos tan acostumbrados a otra cosa que por sí solos no podemos.

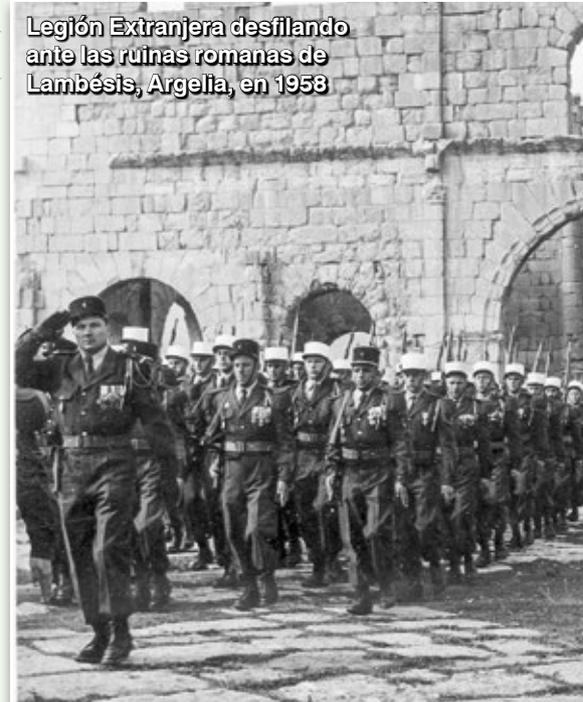
El día que nos abramos a esta perspectiva, nos sentiremos mucho más libres, sin obstáculos ni ataduras, para

tomar la lanza y seguir adelante. No se trata de comenzar una Cruzada, sino de formar el espíritu de la Cruzada, que ha quedado nublado para nosotros.

Cristo gladífero, el único ideal capaz de despertar el espíritu de la Cruzada

Si miráramos el Santo Sudario, en la dignidad estampada allí encontraríamos varios elementos que nos ayudarían en ese paso. De hecho, el espíritu que animaba a los cruzados fue una gracia, y con su auxilio hicieron maravillas; por lo tanto, en ese espíritu se reflejaba Nuestro Señor Jesucristo. Así, para formar la imagen del Salvador en cuanto cruzado, es indudablemente legítimo mirar a los cruzados!

El Apocalipsis presenta a Nuestro Señor avanzando a caballo con una espada entre los labios (*cf. Ap 1, 16; 19, 15*). Esta era la forma usada por ciertos guerreros para cargar otra arma. Si la espada se rompía o se caía de sus manos durante la batalla, ellos sacaban otra de la boca y continuaban luchando. Es decir, ¡el Apocalipsis lo representa ultra combativo!



Richard Bareford (CC3.0)

Bien, ¡cómo esta figura parece incompatible con la idea que tenemos de Nuestro Señor! Notamos, por tanto, una especie de defecto psico-visual que se introdujo en nuestra alma, que ata nuestro vuelo y nos impide llegar a donde quisiéramos.

Insisto mucho sobre la necesidad de piedad de los miembros de nuestro Movimiento y nunca me saciaré de insistir, pero noto que, si este punto se introdujera en nuestra piedad como debería, tendríamos mucho más vuelo, facilidad y *elán* para cien cosas, entre las cuales la práctica de la virtud de la pureza. Porque esta imposición prepara magníficamente el alma para la castidad. Sin embargo, esto nos falta, porque mientras la gracia nos llama hacia arriba, el concepto de una piedad llena de “fraudes” nos retiene en nuestro vuelo.

A ese respecto casi se podría decir una palabra de la Escritura que el coro parroquial de la Iglesia de Santa Cecilia cantaba cuando yo era congregado mariano: *Diripuisti vincula mea, Domine virtutum (Sl 116, 16)* – “Rompe mis grilletes, ¡oh! Señor de los ejércitos”. Recuerdo haber escuchado este

coro y pensar conmigo mismo: “¡Esto es magnífico y hace volar mi alma! Pero la feligresía de esta iglesia, incluyendo el coro que está cantando, no entiende su significado. Y si alguien hiciera la traducción, no entenderían, de tal manera la idea de virtud se dejó monopolizar por un aspecto magnífico, espléndido, que es la clemencia y la compasión por el que sufre”.

Entonces, sólo puede haber un ideal capaz de despertar el espíritu de caballería: ¡Nuestro Señor visto con espada! Solo cuando contemplemos a Nuestro Señor de esta manera llegaremos a donde queremos.

La postura más elevada del espíritu humano

De ahí se concluye lo siguiente: ¡nuestros problemas se simplificarían enormemente y nuestras almas volarían mucho, en el momento en que pudiéramos, con alma de verdadero artista, representar a Nuestro Señor de esa manera, o cuando recibiéramos una gracia por la cual realmente lo entenderíamos así, experimental e incluso visualmente!

¿Por qué? Porque el ideal de caballería es la postura más elevada del espíritu masculino y, como tal, capaz de influir en el femenino.

Es decir, aunque una dama no pueda ser caballero, cuando admira el ideal de caballería, en su interior surge una nobleza –no me refiero a

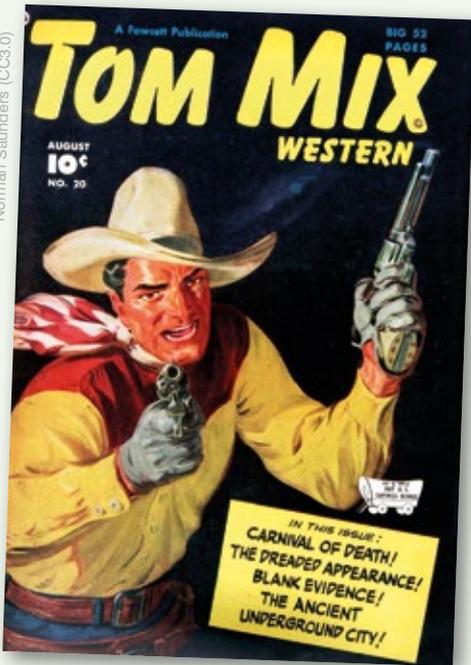
la nobleza aristocrática, sino a la nobleza del alma– que, sin quitarle nada a la delicadeza, la eleva por encima de la propia debilidad femenina.

Se descubre aquí cómo la figura meramente femenina, sin un ideal de caballería, adolece de cierta debilidad que el movimiento feminista explota. Porque éste busca completar a la mujer con una nota de fuerza que la dama romántica del siglo XIX no tenía. Es obvio. Y, notando esta debilidad, dice: “¿No te das cuenta de que eres una endeble, que la postura de tu alma y tu persona no están bien?” Gran parte de la modernización de la mujer se deriva en último análisis en que la admiración por la caballería les fue retirada.





Norman Saunders (CC3.0)



Tal dama entendería a un esposo que corriera los riesgos del comerciante o del *self-made man*, pero no entendería al hombre que corriera los riesgos de la Legión Extranjera⁴, por ejemplo.

También el hombre del siglo XIX, incluidos los nobles, por regla general habría perdido el espíritu de caballería. Y por esta razón, degeneró en el noble con bigote brillante –untado con no sé qué vaselina perfumada–, cabellos bien peinados y modales nada caballerescos.

Una venganza de la realidad

Resultado: la admiración de la humanidad comenzó a pasarse hacia los actores cinematográficos imbuidos de ciertas formas de heroísmo no caballeroso, sino caballar –como Tom Mix y otros actores de películas de vaqueros– o hacia los que corrían riesgos fabulosos con fortunas que se jugaban en la bolsa, porque eran hombres que aún tenían algo de esa fortaleza de espíritu que los otros habían perdido.

Entonces, la venganza de la realidad contra la ablación del espíritu de caballería fue el movimiento feminista para las mujeres y el movimiento *vaquero* y *self-made man* para los

hombres. De ese modo, para los jóvenes de mi tiempo, el tipo humano europeo parecía ligeramente degradado y ligeramente vaselinoso, en comparación con el hombre exitoso del sistema norteamericano.

De ahí una imposibilidad de volver a la tradición, porque un elemento moral fundamental había sido arrancado de ella: el espíritu de Cruzada.

(Continúa en el próximo número)
(Extraído de conferencia del 9/9/1989)

1) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar la mentalidad sentimental que se manifiesta en la piedad, en la cultura, en el arte, etc. Las personas afectadas por ella se vuelven flojas, mediocres, poco propensas a la fortaleza, así como a cualquier cosa que signifique esplendor.

2) He aquí el pasaje de la Santa de la Pequeña Vía al que se refiere el Dr. Plinio: “A pesar de mi pequeñez, me gustaría iluminar las almas como los profetas, los doctores. Tengo la vocación de ser apóstol... Quisiera recorrer la Tierra, difundir tu Nombre y clavar tu gloriosa Cruz en suelo infiel. ¡Oh! Amor mío, una misión sola no sería suficiente. También quisiera anunciar el Evangelio en las cinco partes del mundo, hasta en las islas más lejanas... Quisiera ser misionero, no sólo por unos años, sino que me gustaría ser misionero desde la creación del mundo hasta el final de los siglos... Pero, sobre todo, mi amado Salvador,

me gustaría derramar mi sangre por Ti hasta la última gota... [...] Como Tú, esposo adorado, quisiera ser flagelada y crucificada... Quisiera morir despelada como San Bartolomé... Como San Juan, quisiera ser sumergida en aceite hirviendo, quisiera sufrir todos los tormentos infligidos a los mártires... [...] Jesús, Jesús, si quisiera escribir todos mis deseos, tendría que pedir prestado tu libro de la vida; ahí están relatadas las acciones de todos los santos, y estas acciones me gustaría realizarlas por Ti...” (SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS Y DE LA SAGRADA FAZ. *Manuscritos autobiográficos. In: Obras completas*. 2. ed. São Paulo: Loyola, 2001, p. 212).

3) “Siento en mí otras vocaciones, la de guerrero, la de sacerdote, la de apóstol, la de doctor, la de mártir, finalmente, siento la necesidad, el deseo de realizar, para Ti, Jesús, todas las obras más heroicas... Siento en mi alma la valentía de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir en un campo de batalla en defensa de la Iglesia” (*Idem*, p. 211).

4) Legión Extranjera Francesa, rama del ejército francés creada en 1831 y formada por soldados de infantería entrenados eximamente.



Dr. Plinio en septiembre de 1989

Archivo Revista



La marcha de la Contrarrevolución y de la Revolución

El dinamismo por el cual la Revolución y la Contrarrevolución caminan en las almas es completamente diferente. La primera avanza de modo paulatino, como las lavas de un volcán; la segunda debe romper el camino por una explosión. Mientras la perversión se hace gradualmente y por concesiones, la conversión sólo se realiza mediante grandes esfuerzos.

En la primera parte de este estudio, sobre la Revolución y la Contrarrevolución, vimos que la manera de entender a fondo los hechos históricos es comprender que ellos suceden de acuerdo con los procesos de la Revolución A y de la Revolución B, y fue explicado en qué consistía la diferencia entre estos dos procesos.

A continuación, será analizado el problema en el terreno individual para, enseguida, estudiarlo en el campo social.

Tres categorías de hombres

Por más que se diga lo contrario, los fenómenos de la sociedad humana sólo se estudian en el hombre. La socie-

dad es un conjunto de hombres y por tanto, debemos primero analizar cuáles son los principios que rigen el comportamiento de los entes humanos para después estudiar el modo por el cual ellos se aplican a la sociedad.

El primer principio que podemos enunciar es el de la división de los hombres en tres categorías:



LA SOCIEDAD ANALIZADA POR EL DR. PLINIO

1) El *miles Christi*, el soldado de Cristo.

2) El *miles diaboli*, el soldado del demonio.

3) El *amicus Christi et diaboli*, o el pragmático. No encontramos otros hombres sobre la faz de la Tierra, al menos en los países de Civilización Cristiana.

El *miles Christi* o *miles Ecclesiae* – lo que es lo mismo–, es un hombre para el cual lo principal de la vida es servir a la Iglesia Católica. Él comprende que todo el encanto, toda la belleza, toda la gracia y toda la dignidad de la vida provienen del hecho de servir a la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Y debido a esto, para su felicidad, inclusive para

su bienestar, pero, sobre todo, para cumplir su deber, él se debe consagrar en cuerpo y alma al servicio de aquel que es el Arca de la Alianza del Nuevo Testamento. El *miles Ecclesiae* tanto puede ser un hombre muy inteligente como muy ignorante. Ser *miles Christi* no es algo que provenga de su cultura, sino de la Fe y del amor que se tiene a la Iglesia.

Tenemos, en otra categoría –más difícil de ser admitida por el liberal–, el *miles diaboli*, el cual es el hombre que ama el mal. Alguno podría contra argumentar que en Filosofía se estudia que el mal, en cuanto mal, no puede ser amado. Evidentemente esto es correcto. Pero el hombre tiene muchos modos de engañarse, por los cuales él llega a amar el mal bajo alguna razón de bien.

Y es por esto que muchos hombres son entusiastas del mal, así como, por otro lado, nosotros contrarrevolucionarios somos entusiastas del bien. Y es capital para ese tipo de hombre extirpar el bien de la Tierra e implantar el mal, como para nosotros es fundamental implantar el bien y extirpar el mal.

Entre estas dos categorías, tenemos la de los que son *amicus Christi et diaboli*. Son los que gustan un poco de Jesucristo y un poco del demonio, pero que, en verdad, no aman a Jesucristo y sí, de una manera relativa, al demonio. Pertenecen al número de aquellos que, en el decir de la Escritura, tienen por dios al propio vientre –*quorum deus venter est* (Fl 3, 19). Estos hombres se aman sobre todo a sí mismos. A veces tienen cierta simpatía por Dios, a veces por el demonio, buscando siempre conciliar la luz con las tinieblas. Son los pragmáticos.

¿Cuándo puede un hombre decirse revolucionario o contrarrevolucionario?

Divididos así los hombres, en estas tres categorías, la vida en la Tie-



El niño pintor - Museo de Bellas Artes, Gante, Bélgica

rra se nos figura como una batalla universal del ejército de Cristo contra el ejército del demonio, luchando precisamente para conquistar a los indiferentes, los que están divididos entre Cristo y Satanás, hombres relajados, indecisos y sin ideales.

Este es sin duda el principal, pero no el único campo de batalla. Nosotros, que somos hijos de la Luz, procuramos arrancar para la Iglesia también a los hijos de las tinieblas, y éstos, a su vez, buscan atraernos para las huestes de la Revolución. Sabemos, sin embargo, que estas extirpaciones son muy difíciles y por eso nuestra actuación se concentra, sobre todo, en los que están en el medio término y que constituyen así, el principal campo de batalla universal.

Manteniéndonos en el estudio del problema en el terreno individual, pasemos ahora a lo que podríamos llamar las edades de la Revolución y de la Contrarrevolución. ¿Cuándo puede un hombre decirse revolucionario o contrarrevolucionario? ¿Cómo nacen el revolucionario, el contrarrevolucionario y el pragmático?

Uno de los puntos de la Doctrina Católica menos comprendido en nuestros días es el que afirma que el



San Fernando, Rey de España, Sevilla



niño, por regla general, comienza a hacer uso de su razón a los siete años y, a partir de esa edad, es capaz de cometer pecados mortales. Hay hasta un santo que afirmó haber visto en el infierno a una criatura de cinco años; pecó mortalmente y fue enseguida condenada a los suplicios eternos.

Esto crea al liberalismo una especie de choque, de conflicto. Para el liberal es penoso imaginar que una persona pueda tener responsabilidad moral a partir de los cinco años. Sin embargo, es lo que la Iglesia afirma. Con la edad de la razón, que suele ser por vuelta de los siete años, el hombre comienza a ser moralmente responsable.

Por regla general, es también a los siete años que se comienza a formar el revolucionario o el contrarrevolucionario. El niño, naturalmente, no tiene conocimiento claro de esto. Pero el problema de la Revolución y de la Contrarrevolución comienza a presentarse en su microcosmos infantil de modo a formar un cierto panorama, una cierta visión, en la cual el niño ya va tomando actitudes, las cuales, a su vez, acarrearán una toma de posición en los demás campos, no como cosa fatal, sino como algo probable.

Los niños buenos, los malos y los pragmáticos

Como proveniente de lo hasta aquí expuesto, podemos clasificar a los niños en tres tipos: los buenos que se transformarán en contrarrevolucionarios; los malos que serán, en su mayoría, revolucionarios; y finalmente, los pragmáticos.

Aquel que en la infancia es bueno, ama a sus padres no sólo porque ellos lo agradan, sino porque sabe, instintivamente, que son buenos. Hay una cierta idea de bien que, muy confusamente, pero de manera muy real, entra en aquel amor. Y esto de tal forma que ese niño perdería gran parte o la totalidad del amor que tiene a sus padres si los viese practicar una acción que sabe que es mala.

Otro muy diferente es el querer de un niño pragmático. El no ama el bien, y el propio amor que tiene a sus padres se basa en el agrado que ellos le hacen. Cuando el padre lo mimaba, el niño pragmático se siente satisfecho y le quiere bien; cuando, por el contrario, le desagradaba, se pone rabioso. Cuando la madre le da un dulce, la besa; cuando le niega, la desprecia. Esto proviene del hecho de que a él le gusta el dulce y no la madre.

Por fin, tenemos al niño malo que es bien diferente del pragmático. Sus múltiples instintos lo llevan a desear muchas cosas que los padres normalmente prohíben. Quiere pelear con los otros niños, matar mosquitos tostándolos al fuego, salta sobre los muebles y rompe los objetos, muestra la lengua a las visitas, cierra la puerta en la cara de las personas y llega a llorar de tanto reír con lo que hizo. La pedagogía moderna diría que esto es gracioso, infantil. La Doctrina Católica ve tal modo de proceder con severidad y nos enseña que los niños deben ser corregidos desde pequeños.

En suma, el niño bueno quiere divertirse con la conciencia tranquila, caso contrario en nada encuentra gra-



cia. Al pragmático, a su vez, le gusta también vivir dentro del terreno de la legalidad, no por amor, sino tan sólo porque la ilegalidad trae disgustos. Es como alguno que observa las reglas del tránsito únicamente para no ser multado. El niño malo, a su vez, sólo se complace con la ilegalidad: las cosas solamente son divertidas cuando son arriesgadas y prohibidas.

A los buenos, desde pequeños, les gusta su familia debido al orden que reina en el hogar. Los pragmáticos, cuando niños, aprecian a su familia, en último análisis, porque es una buena incubadora donde se vive en paz. Los malos, desde la tierna edad, tienen rabia de su familia porque en ella ven reinar el orden; prefieren la agitación y el barullo.

Luz primordial y defecto capital

Siguiendo este derrotero, podemos llegar al punto clave. El niño bueno tiene el espíritu hecho para el sacrificio y de buen grado se presta a él. El pragmático acepta el sacrificio, no porque sea noble, sino porque comprende que hacer esto es de buena política. El malo detesta el sacrificio y es capaz de todas las luchas para huir de la menor cruz.

En los buenos, aún en edad infantil, se realiza el principio *anima humana naturaliter christiana*; en los pragmáticos, desde niños, hay una



prudencia que se puede decir puramente humana; en los malos, ya en la infancia, encuéntrase el odio a la ley.

La revuelta y el odio que existen en estos últimos niños no son nada más que concupiscencia desordenada. Así, al llegar a la adolescencia, si uno de ellos lee una novela en la que un policía y un bandido están en lucha, naturalmente quedará del lado del malhechor; él, que en los juguetes de niño era el bandido, acabó tomando el lado equivocado en la vida. Como resultado, así continuará. Y si un día llega a presenciar el derrocamiento de un gobierno bueno por la oposición, elegirá esta facción. Antes que nada es contra todo, por el simple motivo de que siempre así lo fue.

Cuando se le coloque el problema del amor libre, él defenderá esta medida pues desde niño ardió en concupiscencia. A partir de los siete años le gustaba decir inmoralidades; al llegar a los veinte será adepto de algún partido socialista y dirá que las leyes respecto a la moralidad son prejuicios sin ningún fundamento.

En resumen, es desde niño que comienzan a formarse los estados de espíritu. Y cierto es que todo hombre tiene varias edades de revolucionario y de contrarrevolucionario. Esto nos lleva al principio que San Pablo nos enseña al decir que, cuando era pequeño, pensaba como niño, y después que se hizo hombre dejó las cosas que eran de niño (cf. 1Cor 13, 11). La Revolución y la Contrarrevolución también se condicionan a esta regla.

Si analizáramos al hombre pragmático y lo confrontáramos con el re-

Gabriel K.



Niña en el campo - Museo Hermitage, San Petersburgo, Rusia

volucionario, veremos que no hay diferencia entre ambos; ellos son una sola cosa. El pragmático es un individuo que encontró su placer en llevar una vida recta y por esto la lleva. El revolucionario, a su vez, encontró la alegría en tener una vida mala y, consiguientemente, la tiene. Pero los dos procuran su propio placer, variando apenas en el modo de realizarlo. De donde se concluye que pragmáticos y revolucionarios pertenecen a una misma familia, y que de hecho sólo existen dos razas de personas en el mundo: la de los que son de Nuestra Señora, del orden, de la Contrarrevolución; y la de la serpiente, que es la del desorden y de la Revolución.

Sabemos, por otro lado, que hay dos hombres dentro de cada hombre, es decir, existe en cada uno de nosotros una luz primordial y un defecto capital. La luz primordial nos inclina a la Contrarrevolución y el defecto capital nos lleva a la Revolución. Pero es preciso con-

siderar que todo hombre, por más que esté firmemente anclado del lado de la Revolución, puede ser llevado a la Contrarrevolución, y viceversa. En otras palabras, hay una mutabilidad en el hombre en relación a ambos caminos. No existe –lo que sería desolador– fijeza en cada una de las rutas.

Modo por el cual un hombre pasa de la Contrarrevolución a la Revolución

Esto puesto, se podría preguntar de qué modo un hombre pasa del camino de la Contrarrevolución al de la Revolución.

Como consecuencia del pecado original, el defecto capital tiene en el hombre una vivacidad asustadora y con cualquier pequeña concesión se alimenta y se expande enormemente. Podemos tomar para ejemplo un hombre orgulloso que sea miembro de una asociación cualquiera. Si le dijéramos que conocemos a todos los miembros de esa sociedad y que el de mayor valor personal es él, inmediatamente nos juzgará un buen hombre y un fino psicólogo. Dirá que lo conocemos bien y tenemos la noción exacta de lo que él es en realidad; que discernimos bien el aspecto por el cual él es superior a todos y que tenemos buen corazón, pues lo que los otros no vieron nosotros sí lo percibimos.

Lo que en realidad hicimos fue darle un veneno. Después de esto, la primera vez que alguien lo reprenda por un pequeño desliz él se rebelará. ¿“Cómo es posible? ¡Yo, que soy el más importante de todos, estoy sien-

do recriminado por este niño! ¿Quién es él, para hacer eso”? A partir de ese momento no tolerará nada más, porque el mínimo alimento dado al defecto capital tiene una prodigiosa capacidad de inflamación.

Aún a título de ejemplo, tomemos un hombre que practica la pureza y, de un modo general, se comporta bien, pero que, repentinamente, consiente en una tentación contra la virtud angélica. Habiendo consentido en aquel pecado, es posible que llegue hasta el fin de su ignominia. ¿Cómo llegó David a pecar de manera tan infame? Mirando una vez hacia el jardín vecino, una única concesión fue suficiente.

La pereza también actúa de modo semejante. Nos acercamos, por ejemplo, a un perezoso y le decimos que debe trabajar. ‘¿De hecho es necesario?’, nos preguntará. Le demostramos que sí y cuando terminamos con acuerdo y nos pregunta cuál es el trabajo que debe ser hecho, añadiendo: “quiero avisarle que estoy muy ocupado.” Y antes incluso de designarle el trabajo, indagará si el servicio no es demasiado pesado. Y esto porque todo le es costoso y difícil.

Por otro lado, si le dijésemos a alguien que combate la pereza desde hace veinte años que pase un día bien perezosamente, pues veinte años de trabajo merecen un descanso, arrasaremos su alma. El día siguiente, podrá acontecerle estar en el comienzo y necesitar, así, recomenzar todo el esfuerzo como si no hubiese luchado durante los veinte años.

Todo eso porque como este vicio principal tiene una fuerza de expansión semejante a los gases, en poco tiempo invadirá todo el hombre y lo dominará. Es el proceso por el cual alguien se vuelve un revolucionario.

¿Cómo sucede la conversión a la Contra-Revolución?

¿Cuál es el proceso por el que alguien se transforma en contrarrevolucionario?



Rey David – Catedral de Santa Cecilia, Albí, Francia

La respuesta a esta pregunta es mucho más compleja. Encontramos en el Evangelio dos ejemplos de intento de formación de un contrarrevolucionario, uno exitoso, otro fracasado. El primero es el del hijo pródigo, y el segundo es el del joven rico. Éste es característicamente el pragmático. Era bueno, pero quería la vida fácil y alegre. Se encontró con Nuestro Señor, y el Divino Maestro le presentó un programa anti pragmático. Él se rehusó y continuó su camino.

Flávio Laureço

El hijo pródigo también era eminentemente un pragmático. Encontraba aburrida la casa paterna, tenía sed de aventuras y quería conocer la ciudad. El padre, viendo las proporciones a las que habían llegado esos malos deseos, tuvo la única actitud razonable en estas situaciones extremas: le dio al hijo la cuota que le pertenecía y le permitió que se fuese.

Comenzaron a coexistir dos hombres en el hijo pródigo. Por un lado, llevaba en sí un resto de amor a la casa paterna, pero, por otro lado, mucho amor a la vida de orgía y disipación. En la ciudad se perdió completamente, y con esto surgió dentro de él un recuerdo antiguo; el resto de amor que aún conservaba hacia la casa de su padre afloró a la superficie y el mal hijo se acordó del hogar paterno. Por primera vez en la vida tuvo añoranzas de su casa. Dentro de sí, una vieja imagen, embotada, semi olvidada, la imagen del hogar comenzaba a aparecer ante sus ojos y a hacerse viva. Y habiendo



caído en sí, dijo: “me levantaré y volveré a la casa de mi padre” (Lc 15,18). Aquél antiguo ideal revivió en su interior y vuelve a la casa paterna, donde es recibido con los brazos abiertos.

Todo hombre, por más que se haya pervertido, lleva dentro de su alma una figura completa de los ideales de bien y de verdad para los que fue creado. Sin embargo, a medida que va decayendo en la virtud, se produce un embotamiento en su conciencia de tal forma que aquella figura tiende a desaparecer; va siendo sepultada, pero no destruida, tal como la leyenda bretona de la catedral sumergida: de vez en cuando sube a la superficie del mar, y tantos recuerdos del bien, de moral, de virtud, de fe, resurgen en el alma del pecador y comienzan, repentinamente, a tocar sus campanas. Entonces, aparece la posibilidad de la conversión. El viejo ideal se ilumina, y el hombre vuelve a verlo brillar.

De lo expuesto, se concluye, que la conversión a la Contra-Revolución sólo sucede, de una manera intensa, completa y radical, cuando llega al fondo de su personalidad. La conversión tiene que basarse en un principio fundamental de aquella al-

ma, que domine a todos los demás, y entonces, debe restaurarla en toda su pureza. Mientras la perversión sólo se hace por pequeñas etapas y concesiones, la conversión sólo se realiza mediante grandes esfuerzos. Para que sea posible la conversión, es necesario emplear grandes energías, y despertar los primeros principios. El dinamismo por el cual la Revolución y la Contra-Revolución caminan en las almas es completamente diferente. La primera anda paso a paso, la segunda debe romper el camino por una explosión. Si queremos promover la Contra-Revolución, no podemos seguir la misma marcha de la Revolución, sino que tenemos que hacerla por otro proceso, sacando del fondo de las almas la *cathédrale engloutie*,¹ sumergida por las olas del vicio. Los motivos son otros y la técnica completamente diferente.

Los métodos de la Revolución y de la Contrarrevolución son opuestos

Digamos, ahora, una palabra sobre el embotamiento. ¿Qué entendemos, en lenguaje común, por un hombre embotado? Es aquél cuyo espíritu só-

lo tiene pequeños destellos, unos restos de clarividencia, y nada más.

En el fondo de todo pragmático hay resquicios de virtudes católicas embotadas; es por excelencia, un hombre embotado. Cuando se le habla de Jesucristo o de su Iglesia, sonríe con un poco de simpatía, como un sordo que consigue oír las últimas notas de un concierto. Sin embargo, si se le amonesta respecto a su concupiscencia, o su embotamiento, sufre una metamorfosis, sus energías entorpecidas despiertan y, o procura dominarse, o correrá hasta los extremos. Veamos su importancia.

Las consideraciones desarrolladas en este punto son de tal modo importantes, que antes de pasar a otro aspecto del problema, es de toda conveniencia que tengamos una visión general de ellas.

Definimos el embotamiento y vimos sus efectos en relación al problema de la Revolución y de la Contra-Revolución. Una de las consecuencias más importantes de esos efectos –tan importante que se podría llamar la filosofía de la acción del contrarrevolucionario– se puede enunciar así: Una es la técnica de la conversión, y la otra es la de la perversión.

Esta última procede de las pequeñas concesiones. Y esto porque el vicio capital, que es el gran resorte de la perversión y la raíz de la Revolución, es fácil de ser alimentado, y se inflama extraordinariamente con cualquier pequeño alimento. En la medida que va recibiendo cualquier cosa, crece por minúscula que sea la dosis. Debido a esto, el modo por el cual se conduce una persona hacia la Revolución, es en general, el de las concesiones graduales que van llevando a los hombres poco a poco, hasta los extremos.

Pero para conducir a alguien a la Contra-Revolución, tenemos que usar el método opuesto. Se trata de resucitar, dentro de la persona, aquello que llamamos la *Cathédrale engloutie*, y esto sólo se puede provocar mediante un choque muy gran-



Samuel Holsanda



El joven rico del Evangelio – Galería Nacional, Bolonia, Italia

Flávio Lourenço

de. La táctica de la Contra-Revolución es la de esos grandes choques y llamamientos a la conciencia.

El demonio tienta al pecador por etapas a fin de anestesiar su conciencia

Esta idea se esclarece si nos atenemos a otra imagen. El hombre utiliza una táctica para hacer dormir a una persona y otra para despertarle. En el primer caso, toca una música lenta y dulce hasta que la persona se adormezca. Pero para despertarla, la utilización del mismo método no producirá el menor resultado. La táctica, en esta circunstancia, es itocar el bombo! ... Entonces, el vicio capital y la Revolución la adormecen, exactamente cuando la Contra-Revolución la despierta.

Todos sabemos cómo se desliza la lava. Imaginemos una nueva erupción del Vesubio, y la lava corriendo ladera abajo. Sabemos que por su propia naturaleza no da saltos, sino al contrario recorre todas las etapas intermedias de la ladera de la montaña hasta llegar al valle. Imaginemos, sin embargo, que el Vesubio en su explosión expulse una piedra. La trayectoria de ésta es enteramente

de la recorrida por la lava. La piedra salta de un punto a otro sin recorrer las etapas intermedias. Son, por lo tanto, dos procesos diferentes. Uno se hace lentamente, mientras que el otro alcanza directamente el blanco.

Al analizar el individuo pragmático, vimos que es un hombre dividido; al mismo tiempo es un *amicus Christi* y un *amicus diaboli*. Es un templo con dos altares, o un altar con dos imágenes; dentro de sí tiene restos el amor a Nuestro Señor y un fuerte foco inicial de amor al demonio.

También vimos que la táctica del demonio consiste en atraer hacia sí al pragmático mediante concesiones que no lleguen a ser tan violentas, que lleguen al punto de provocar un choque, y hacer resurgir su *cathédrale engloutie*.

Si el hijo pródigo, por ejemplo, hubiese conocido a un vecino en un estado semejante al suyo, ciertamente su historia habría sido diferente. Si, cuando estuviese a punto de salir de casa, se encontrase con alguien regresando de la ciudad, después de haber comido las bellotas de los cerdos, se habría producido en él un gran choque, que le haría comprender el camino infame que estaba tomando, y se detendría. En su espíritu se produciría una “cris-

talización” repentina, pues se daría cuenta de hasta donde le iba llevando el amor al demonio, y con el choque resurgiría su *cathédrale engloutie*.

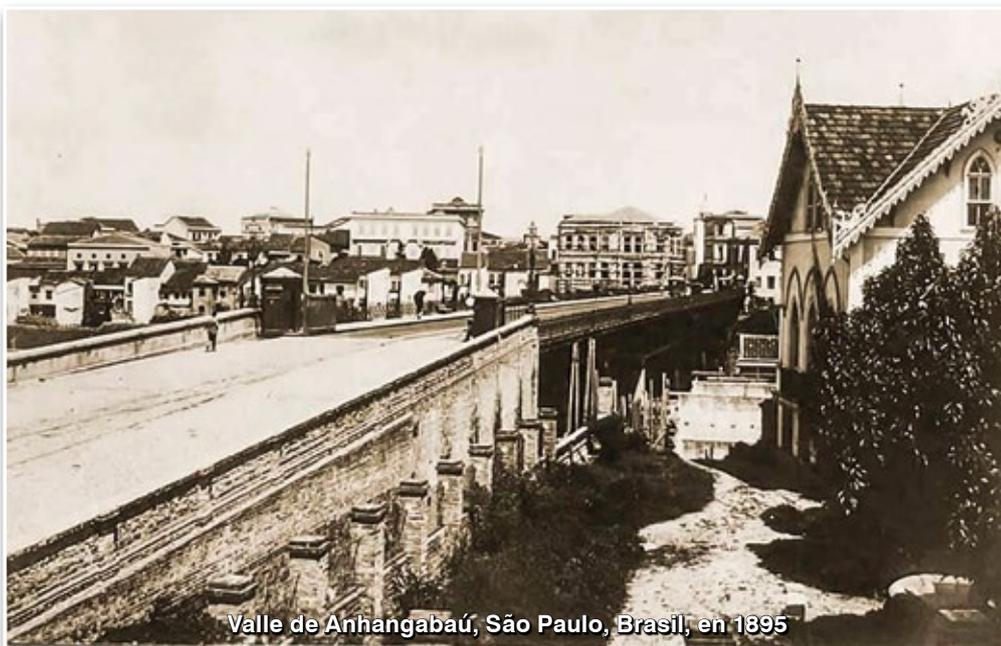
Así pues, para el demonio, la táctica inteligente es la de ir tentando al pecador por etapas, de tal modo que su conciencia se vaya anestesiando, sin nunca recibir un sobresalto, pues si sucediese eso, sería una batalla perdida.

Podemos decir, entonces, que el demonio tiene interés en que la persona se haga revolucionaria y se precipite en el infierno por la marcha de la lava, esto es, de modo gradual, por etapas.

Muy raramente se interesa por la marcha de la piedra, o sea, por los fenómenos psicológicos en los que la persona, sin peligro de convertirse, es sacada del extremo de la virtud hacia el extremo del vicio. Esto traería consigo el peligro de la “cristalización”.

La Revolución intenta evitar las “cristalizaciones”

El fenómeno físico de la “cristalización” es muy conocido. Si en un recipiente, donde hay una solución muy saturada, se coloca un cristal, toda la solución se cristaliza. Lo mismo sucede con la conciencia humana. Está sa-



Valle de Anhangabaú, São Paulo, Brasil, en 1895

turada de remordimientos. Repentinamente alguien hace algo muy revolucionario. Resulta de ahí un fenómeno de “cristalización”, esto es, un regreso a la posición inicial. Y es esto lo que la Revolución intenta evitar a toda costa que suceda.

En base a las consideraciones precedentes, queda patente, que la marcha de la lava es el proceso normal de la Revolución.

Como ejemplo muy concreto y esclarecedor, podemos presentar el de una persona de edad que estaba de paso por el Valle de Anhangabaú, en São Paulo, e hizo la siguiente observación: “¡imire qué cambio! Yo comí mojarritas pescadas en el riachuelo de Anhangabaú, en el tiempo en que aquí sólo había chacras de uno y otro lado. Hoy en día el río está canalizado. ¡Cómo se transformó todo esto!”

Yo, que presenciaba el hecho, me puse a considerar la enorme diferencia de aquél antiguo São Paulo en el que el río Anhangabaú brillaba al sol con sus chacras marginales, y por otra parte la ciudad actual con sus rascacielos y avenidas. El *Viaduto do Chá* aún no existía y el trayecto, que hoy hacemos de automóvil, era realizado a caballo. Después, ya en

tiempo de la República, el viaducto construido era tan primitivo que se pagaba un peaje al pasar por él, y el tránsito era tan reducido que los hombres que cobraban este peaje se avisaban mutuamente de que una persona iba a pasar, imediante un toque de corneta! Las señoras vestían faldas redondas, con todas las costumbres propias de la época; los hombres, usando sombrero de copa, las saludaban respetuosamente; los niños trataban a los mayores con todo respeto y veneración; en la antigua Facultad de Derecho, los profesores se presentaban con la tradicional beca. ¡Eran otros hábitos, otro mundo!

En aquel tiempo, ¿cómo se sentían esas personas y sus alumnos? Imaginemos que existiese en São Paulo, en la época de las mojarritas del Río Anhangabaú, un grupo de contrarrevolucionarios que profetizase que: “para el año 1964, habría una moda según la cual las jóvenes, como las mujeres de los presidios, usarían cortados sus bonitos cabellos largos, de los que entonces se ufanaban; y que verían a sus hijas usando pantalones de hombre, saliendo solas con chicos por la calle y hasta en excursiones; y, además de es-

to, presentasen un croquis representando un traje de baño en 1964”. Esas señoras se pondrían a llorar asegurando que no sería verdad. Todos acusarían a esos contrarrevolucionarios de estar ultrajando la dignidad paulista y de estar desequilibrados.

Pues bien, ese estado de cosas, que en 1860 provocaría llanto y rechinar de dientes, se estableció tranquilamente en Brasil, así como en todo el mundo. Y la reacción que la generación del tiempo de las mojarritas podría producir fue nula, una vez

que toda esa situación se instauró de hecho en la sociedad. Si se hubiera visto, en el comienzo de la evolución, el punto a que llegaría la Revolución en 1964, seguramente, se habría dado una “cristalización” muy fuerte. Todos se habrían defendido y reaccionado. Sin embargo, como la Revolución camina al modo de la lava –muy lentamente–, fue entera y pacíficamente aceptada.

Un hecho histórico ilustra bien el avance gradual de la Revolución

Un ejemplo histórico característico del lento caminar de la Revolución es el conocido hecho de la Duquesa de Berry, nuera del Rey de Francia, que vivió hacia 1825. El mar, en aquel tiempo, era reputado como un lugar bravío. Entonces, no se admiraban sus bellezas. La humanidad tardó mucho tiempo en comprender el mar, el cual, solamente comenzó a ser apreciado, en la época del Rey Carlos X de Francia.

Fue entonces cuando comenzaron los baños de mar. Este hábito chocaba mucho, porque en aquella época no se comprendía cómo era posi-

ble practicar un acto íntimo de la vida como era el baño, en público. Sin embargo, la Duquesa de Berry que era *contrarrevolucionaria* en el plano B, pero revolucionaria en el plano A, inauguró los baños de mar en una playa del norte de Francia. Iba a la playa con un traje largo hasta los pies, y acompañada por sus damas. El alcalde de la ciudad la esperaba en la orilla vestido de frac. Acompañaba a la duquesa dándole la mano, y juntos entraban en el mar; desde la fortaleza se oían salvas de cañón, pues ahí estaba Su Alteza Real y era necesario saludarla.

Era una ceremonia muy solemne. Sin embargo, este hecho, por el proceso de la marcha de la lava, puso de moda los baños de mar. Se hacía imposible un baño de mar con tanto aparato y, poco a poco, fue siendo hecho de modo más vulgar.

Hacia 1925, las jóvenes tomaban baño de mar con trajes confeccionados con una especie de látex, largos, apretados en la rodilla y con mangas. A su vez, los hombres se vestían análogamente y aún con un poco más de recato. Sin embargo, hacia 1930, estos últimos comenzaron a utilizar una especie de taparrabo indígena que son los calzones de baño. En la playa, las jóvenes más recatadas huían de la presencia de ellos, pues nunca se vio una cosa semejante. Hoy en día, como todos saben, en las playas hay una inmoralidad sin freno y sin medida. Prácticamente no falta nada para el nudismo, y en algunos lugares ya comenzó.

Es la marcha de la lava. Gradualmente se llegó a este cúmulo de miseria moral y, sin embargo, no hubo reacciones. De etapa en etapa,

el pragmatismo fue arrastrado hasta donde no quería. Y eso explica que la generación de 1860 haya presenciado las mayores modificaciones imaginables en el plano A con una completa indiferencia. El triunfo consistió exactamente en caminar con la marcha de la lava y en evitar la marcha de la piedra, o sea, las “cristalizaciones”.

Revolución sofisticada y Revolución tendencial

Se podría concluir, de lo arriba expuesto, que las ideas y las doctrinas no tienen ninguna importancia. Las consideraciones hechas nos llevarían a la afirmación de que no hay mal en lanzar una doctrina equivocada, sino que todo se procesa tan solo por las tendencias y las costumbres.

Para responder a esta cuestión es necesario distinguir dos categorías de Revolución A: la sofisticada y la tendencial. La primera es hecha por las ideas equivocadas enseñadas en las cátedras universitarias, divulgadas por los periódicos, libros y demás medios de propaganda. La segunda es la que produce las tendencias,

despierta los malos deseos y actúa tendencialmente en el hombre para llevarlo hasta donde él no debería ir. En orden de importancia, la Revolución en las mentalidades, en las costumbres –la Revolución A tendencial– es la más importante. La Revolución A sofisticada, la que inculca el error y es cronológicamente posterior a la tendencial, es menos importante que esta. El sofisma sólo gana terreno en el alma depravada, que desea el error.

Tendremos, por último, la Revolución B que, pasando a los hechos, transforma las intenciones, las leyes y las costumbres. ² ♦

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia del 15/10/1964)

- 1) *Cathédrale engloutie*: Catedral sumergida, basada en una antigua leyenda bretona que cuenta como la catedral de la mitológica isla de Ys se hundió en el mar como castigo por los pecados de los habitantes de la isla.
- 2) Cf. *Revolución y Contra-Revolución*, Parte 1, Cap. V, “La Revolución, en las ideas y en los hechos”.



Playa de Bélgica en el año 1900

SANTORAL



1. Santa María Egipciaca, penitente (+s. V). Nacida en Egipto, se va de la casa a vivir a Alejandría, donde lleva una vida disoluta y lujuriosa. Estando en Jerusalén, visita el Santo Sepulcro y arrepentida de sus pecados, mira la imagen de la “Theotokos”, la Madre de Dios, y por su mediación, recibe una gran gracia para vivir consagrada a la penitencia y austeridad de vida, en un monasterio más allá del Jordán, donde murió.

2. Domingo de Ramos.

San Francisco de Paula, confesor (+1507). Fundador de la Orden de los Mínimos, en la Calabria, Italia. Fue célebre por los milagros que practicó, por las profecías que hizo acerca del futuro de la Iglesia y por los ejemplos de gran austeridad de vida, nacida de una profunda humildad.

3. Lunes Santo.

San Juan, obispo (+432). Obispo de Nápoles, Italia. San Juan murió en la noche de la Santa Pascua, mientras celebraba los sagrados misterios, y fue sepultado en la Solemnidad de la Resurrección del Señor.

4. Martes Santo.

San Isidoro de Sevilla, Obispo y Doctor de la Iglesia (+636).

5. Miércoles Santo.

San Vicente Ferrer, presbítero (+1419).

6. JUEVES SANTO

7. VIERNES SANTO.

8. SÁBADO SANTO.

9. DOMINGO DE PASCUA.

10. OCTAVA DE PASCUA.

Santos Terencio y compañeros, mártires (+c. 250). En la persecución



del emperador Decio, sufrieron crueles tormentos y fueron decapitados por practicar la Fe cristiana.

11. OCTAVA DE PASCUA.

San Estanislao, obispo y mártir (+1079).

Santa Gema Galgani, virgen (+1905). Mística de ardorosa devoción por la Cruz de Nuestro Señor y la Eucaristía. Como privilegio, recibió los estigmas de la Pasión y murió un Sábado Santo, a la edad de 25 años en Lucca, Italia.

12. OCTAVA DE PASCUA.

Santa Teresa de los Andes, virgen (+1920). Carmelita chilena, ofreció la vida a Dios por la conversión del mundo. Murió a la edad de 20 años.

13. OCTAVA DE PASCUA.

San Martín I, Papa y mártir (+655).

14. OCTAVA DE PASCUA.

San Bernardo de Tirón, abad (+1117). Superior del Monasterio de Tirón, cerca de Chartres, Francia, instruyó y condujo a la perfección evangélica a numerosos discípulos que acudieron a él.

15. OCTAVA DE PASCUA.

San Damián de Veuster, presbítero (+1889). Religioso de la Congregación de los Misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y María, consagrado en asistir los leprosos, en la Isla de Molokai. Ver página 2.

16. II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia.

Santa Bernadette de Soubirous, virgen (+1879).

17. Santa Catalina Tekakwitha, virgen (+1680). Nacida en la región de



Quebec, Canadá. Soportó cristianamente, con paciencia, vejaciones y amenazas por recibir el bautismo y ofrecer a Dios su virginidad.

San Guchiatzade, mártir (+342).
Ver página 30.

18. Santa Antusa, virgen (+s. VIII). Siendo hija del Emperador de Oriente Constantino V Coprónimo, supo emplear todos sus bienes para ayudar a los pobres, redimir los esclavos, restaurar iglesias y construir monasterios, recibiendo del Obispo San Tarasio el hábito religioso, en el monasterio de la Concordia de Constantinopla, donde murió.

19. San León IX, Papa (+1054).

20. Santa Inés de Montepulciano, virgen (+1317). Con apenas 9 años, tomó las vestiduras de las vírgenes consagradas. Fundó un monasterio dominico en Montepulciano. Su vida desborda de episodios maravillosos, siendo numeroso los milagros y las gracias místicas recibidas. Falleció a la edad de 48 años

21. San Anselmo, obispo y Doctor de la Iglesia (+1109).

San Apolonio, mártir (+185). Emimente ciudadano romano, fue denunciado como cristiano y llevado a la presencia del prefecto Perennio y el Senado de Roma, ante los cuales, hizo una insigne defensa del cristianismo.

22. Santa Oportuna, abadesa (+c. 770). Nació en Normandía, Francia, célebre por su abstinencia y austeridad.

23. III Domingo de Pascua.

San Adalberto de Praga, obispo y mártir (+997).

San Jorge, mártir (+s IV).

San Eulogio, Obispo (+387). Obispo de Edesa, Turquía. Según la tradición, murió un Viernes Santo.

24. San Fidel de Sigmaringen, presbítero y mártir (+1622). Ejercía su profesión de abogado, cuando ingresó a la Orden de los Frailes Menores Capuchinos, donde se destacó como predicador. Enviado para consolidar la verdadera doctrina católica en Suiza, fue asesinado por los herejes en Seewis.

25. San Marcos, Evangelista.



San Estanislao

26. Nuestra Señora del Buen Consejo. Ver página 10.

San Anacleto, Papa (+88). Fue el Papa número tres de la Iglesia de Roma.

27. Santa Zita, virgen (+1278). Distribuía a los pobres lo poco que le sobraba del salario recibido como empleada doméstica. Su santidad fue reconocida aún en vida y confirmada por un gran número de milagros. Es patrona de las empleadas domésticas y patrona de Lucca, Italia, donde falleció a los 60 años de edad.

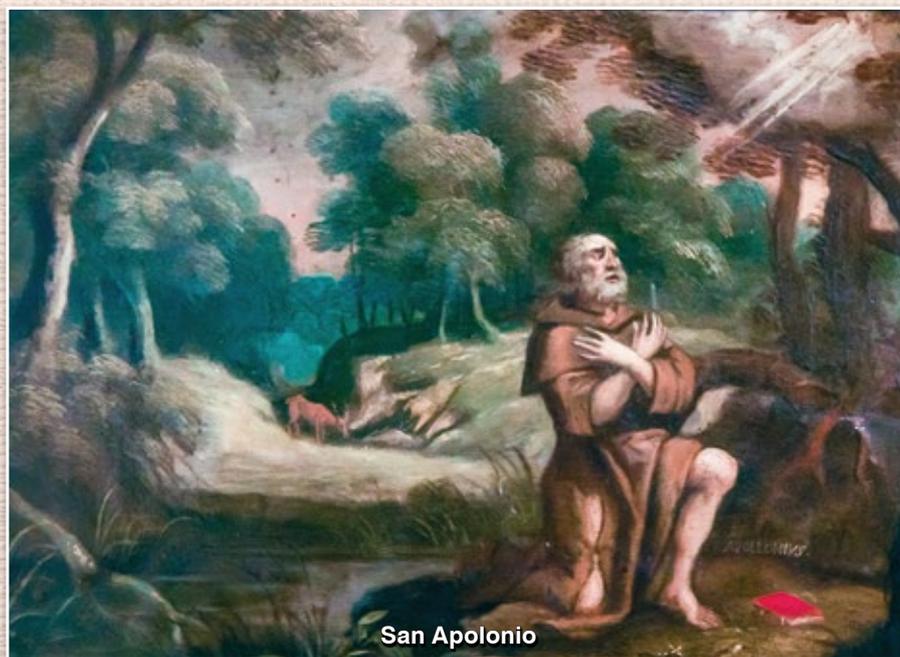
28. San Pedro Chanel, presbítero y mártir (+1841). Patrono de la Oceanía, donde fue misionero.

San Luis María Grignon de Montfort, presbítero (+1716). Autor del célebre “Tratado de la Verdadera devoción a la Virgen María”.

29. Santa Catalina de Siena, virgen y Doctora de la Iglesia (+1380).

30. IV Domingo de Pascua – Buen Pastor.

San Pío V, Papa (+1572).



San Apolonio

El apóstata que se volvió santo

San Guchiatazade era católico y ocupaba un alto cargo en el Imperio Persa. Sin embargo, por temor a la persecución, renunció a la fe. Un obispo gran amigo suyo, cuando fue llevado a prisión, pasó delante de él y, para no ver al apóstata, desvió los ojos con horror. Esta muda reprimenda lo tocó profundamente y, por la gracia divina, se convirtió enteramente y fue martirizado.

El nombre del santo que vamos a comentar hoy es Guchiatazade, mártir. Debe ser algo muy inusual esta biografía, tomada del libro *Les Saints militaires —Los Santos Militares—*, del Padre Profillet.

Un católico que ocupaba un alto cargo en el Imperio Persa

La religión católica había sido predicada con éxito en Persia por San Mateo y San Bartolomé. Los cristianos en este país estaban profundamente convencidos. Así, fueron sin cuenta los mártires hechos por el rey Sapor II, cuando éste comenzó una terrible persecución contra sus súbditos que no adoraban, como él deseaba, el disco solar.

El culto al sol era la religión inmemorial de los persas desde los tiempos de su prehistoria. Así que querían someter a los católicos a la adoración del sol.

Por esta razón, el soberano ordenó que el obispo Simeón fuera encarcelado.

El prelado era amigo de Guchiatazade, un eunuco de palacio, hombre que ocupaba altos cargos y muy respetado en el reino, pero que, temiendo la persecución, abjuró de su fe. Siendo conducido a prisión, Simeón pasó ante el eunuco que lo saludó, pero el Santo obispo, para no ver al apóstata, desvió los ojos con horror. Esta reprimenda dolorosa tocó profundamente a Guchiatazade, haciéndolo llorar días seguidos y decirse a sí mismo: “Si un hombre que era mi amigo concibió contra mí tal indignación, ¿qué no hará Dios a quien traicioné?”

Pensando de esta manera, el eunuco abandonó sus suntuosas ropas y se cubrió de luto, apareciendo así en el palacio. Esta actitud llenó a todos de asombro y el soberano lo llamó inmediatamente a su presencia para preguntarle por qué lanzaba, de esa manera, presagios funestos sobre el reino, a lo que el eunuco respondió: “Me he cubierto de luto por causa de mi doble perfidia contra mi Dios y contra vos; contra mi Dios porque violé la Fe que había jurado. He preferido

tus favores a la verdad; contra vos mismo porque, obligado a adorar al sol, lo hice con hipocresía; mi corazón protestaba internamente por mi conducta”.

Amenazado por Sapor II, Guchiatazade permaneció inalterable en su posición, siendo condenado a muerte. Antes del tormento, sin embargo, pidió al rey una última gracia, diciéndole:

“Siempre me habéis elogiado por el celo y devoción con que os he servido a vos y a vuestro padre. Ahora os ruego: concededme la merced de que un heraldo clame a todos que Guchiatazade es conducido al tormento no por traicionar los secretos del rey, ni por haber participado en alguna conspiración, sino porque es cristiano y rehusó renegar de su Dios. Mi apostasía fue conocida por toda la ciudad, y tal vez mi debilidad haya afectado a muchos. Si ahora conocieren mi tormento e ignorasen la causa, él no servirá de ejemplo a los fieles. Por el contrario, si supieren de mi penitencia y de que muero por Cristo, yo los fortaleceré. Sus almas se volverán más firmes y

su ardor se reavivará. La voz del heraldo será como una trompeta de guerra, que dará a los atletas de la justicia la señal del combate y los prevendrá para que preparen las armas”.

Así se hizo y San Guchiatzade fue muerto el Jueves Santo del año 342.

Por temor a ser ejecutado renegó de su fe

¡Lindísima narración!

Es conocido el sistema bárbaro, contrario a la doctrina católica, adoptado en muchos países paganos y en la antigüedad en general, en que ciertos niños eran mutilados, ya en la primera infancia, para que no tuvieran la potencia varonil, para que pudieran cuidar de los harenes, de los lugares donde estaban las diversas esposas de los reyes, para que éstos no tuvieran ninguna preocupación. Sólo esto ya muestra la debilidad de las instituciones paganas que algunos historiadores quieren presentar como siendo muy fuertes. Eran monarquías que se constituían exclusivamente en base al miedo y la coerción. La esposa del rey sólo podía estar segura delante de hombres mutilados. Si ella tuviese en su proximidad a hombres no mutilados, el rey, a pesar de todo su poder, podría recelar todo de su esposa. Podemos comprender el clima que supone una civilización así concebida y la repercusión lúgubre de todas sus instituciones políticas, sociales y económicas. Cuando estudiamos la Edad Media vemos cómo el vínculo que propiamente une y coordina los elementos constitutivos de una institución medieval es el de la fidelidad, la idea de que el punto de honor de ambas partes, tanto del mayor como del menor, es que observan las obligaciones recíprocas, de tal manera que invadir los derechos del otro constituye una vergüenza mayor para quien lesiona que para quien es lesionado. Y si es una cosa infaman-



San Bartolomé (izquierda) y San Mateo (derecha)
Catedral de Sevilla

te para un hombre que su esposa le sea infiel, a justo título, era considerado mucho más infamante engañar a su señor o a su vasallo robándole su esposa. Es de notar cómo es otra la elevación de la Civilización Católica y en qué lodazal de bajeza se sumergía el mundo antiguo.

En todo caso, esos hombres mutilados tenían mucha posibilidad de entrar en contacto con los reyes y soberanos por causa de aquella intimidad de palacio. Y como eran individuos que muchas veces, aunque no siempre, no se entregaban a las orgías y desórdenes del común de los hombres, ellos leían mucho más, eran más estudiosos y frecuentemente más inteligentes que los otros. El resultado es que, con mucha frecuencia, eran elevados a los más altos puestos del estado: confidentes de reyes, de gobernadores de provin-

cia, generales –algunos de ellos famosos– todos ellos con mucha proyección en el respectivo país.

Tenemos, entonces, el caso de ese personaje que, en condiciones similares se hizo eminente en uno de los mayores imperios de la antigüedad, que fue el imperio persa. Él era católico, se había convertido porque siglos antes San Bartolomé había pasado por Persia, realizando grandes obras apostólicas. Él entonces comenzó a practicar la Religión. Pero llegó el rey Sapor II quien promulgó un decreto de condenación a muerte de todos los católicos. Y él, por el miedo de ser ejecutado, renegó de su religión. Otro santo que era obispo, de quien había sido antiguamente amigo, pasó cerca de Guachiatazade sin mirarlo. El apóstata lo saludó, pero el Prelado desvió los ojos y continuó caminando hacia el martirio.



Bella y pintoresca teatralidad de Oriente

Vemos cómo son diferentes los caminos de la gracia. Nuestro Señor encontró a San Pedro después de su negación, le dio una mirada de bondad y lo convirtió para siempre. Se diría que este Santo Obispo debería imitar al Divino Salvador y dirigir una mirada de bondad a este apóstata, pues así lo convertiría. Pero el Espíritu Santo sugiere actitudes diferentes, de acuerdo con las diversas vías que tiene que conducir a estas o aquellas almas. Sucedió que el Santo pasó cerca del apóstata, se llenó de horror y desvió sus ojos con indignación. El apóstata, en lugar de quedar disgustado, fue tocado por la gracia debido a ese gesto, e hizo este raciocinio: “Si este hombre que era mi amigo me desprecia y me odia tanto por el mal que hice, ¿qué dirá Dios ante el cual algún día voy a tener que comparecer?” Y entonces decidió cambiar de vida.

Una primera observación a la que se presta esta ficha dice respecto a la variedad por la cual Dios toca las almas e inspira el apostolado de cada uno. A algunos, el Creador les da el amor contagioso y penetrante que,

por la dulzura, lleva a la unión con él; a otros concede la cólera sacrosanta, que purifica como un fuego y ordena a Dios las almas que son objeto de esa ira.

De cualquier forma, tenemos aquí una bella y profundísima conversión. Como San Pedro, aunque por vías diferentes, él lloró intensamente su pecado y caminó hacia el martirio.

¿Cómo caminó? La cuestión tiene esa hermosa y pintoresca teatralidad de Oriente que tanto me gusta.

En general, en términos occidentales, él escribiría una carta al Rey, diciendo: “Vos sabéis dónde vivo, cuando queráis podéis enviar por mí para atraparme”. O dejaba una misiva en casa, huía y desaparecía, lo cual en el mundo antiguo era relativamente fácil porque la policía tenía más dificultad para moverse, y un criminal o un rebelde llevaba una vida relativamente desembarazada.

Así, podría haber entrado perfectamente en una ermita, en una Tebaida cualquiera, o haber pasado a otro país donde la Religión Católica ya estuviese establecida, llevando riquezas, joyas, y gozando de una vida tranquila.

No, decidió enfrentar el martirio. Pero en lugar de escribir una carta,

sintió, en su alma oriental, la necesidad de expresar por símbolos lo que también decía en palabras. Así que él, el hombre poderoso, se presenta ante el Rey en traje de luto. No sé cómo sería el luto de un persa si el traje fuera negro, violeta u otro color; en fin, se presentó todo vestido de luto para producir un efecto teatral. Y produjo lo que esperaba.

“¡He pecado contra Dios y contra ti!”

Al ver con ese traje al mayor dignatario del Imperio, las personas, asombradas, le preguntan: “¿Estás de luto? ¿Cómo explicas eso?”

Podemos imaginarlo con la fisonomía sinceramente compungida, porque el teatro no siempre es hipocresía, a menudo es la hermosa y espléndida manifestación de la verdad. Luego, solemnemente, con los ojos hundidos de dolor y tristeza, dijo: “Quiero hablar con el Rey”.

Guchiatazade entonces penetra en los jardines del palacio imperial. Podemos imaginar un patio con esas esculturas de toros, no exactamente los toros alados, a la manera de los asirios; sin embargo, era más o menos de ese género el que usaban los persas –leones, etc.– Es incomparablemente más bonito que la materia plástica. También hay una fuente que fluye. Imaginemos cómo rompería la poesía de este entorno si llegara a sonar un teléfono.

Más adelante, se escucha el ruido proveniente de una antecámara, donde la gente esperaba ser llamada por el Emperador. Guchiatazade es introducido en el Palacio de Sapor. Podemos imaginarlo pasando por varias habitaciones, con esclavos inclinándose a su paso, sin mirar nada y teniendo sólo delante de sí, encantado, la sublimidad del furor del obispo que no lo miró al ser conducido a la prisión. Fascinado por aquella fisonomía de una brillante y deslumbrante cólera, él llega a la habi-



San Pedro llorando delante de la Virgen - Museo del Louvre, París

tación del rey, quien le pregunta: “¿Qué es esto? ¿Pronosticas luto en el imperio de tu señor?”

Dicho desde lo alto de un trono, con una voz cantante, delante de un hombre que se presenta de luto algunas gradas más abajo, en una magnífica sala, con algunos esclavos que sostienen *flabelli*; más adelante un flautista con una serpiente en frente suyo y un incienso que sube...

Se da entonces el diálogo. Ante los esclavos estupefactos, le dice a Sapor: “He pecado contra ti, ioh Dios mío!; pero también he pecado contra ti, oh rey, porque te mentí cuando fui a adorar al sol. Todo mi corazón repelía aquella adoración que hacía”.

Uno puede imaginar la ira de Sapor, que lo condena a muerte, y él acepta la sentencia con toda serenidad, dignidad y placidez.

La gracia suscitaba héroes hasta de la débil arcilla de los apóstatas

Luego viene la última petición. Uno puede suponer con qué poesía, con qué actitud, con qué gestos se dijo: “¡Oh rey, todavía tengo una petición para hacerte!”

Sapor tiembla de odio, pero el Santo no tiembla ante el odio del rey. Temblaba ante el odio de esa mirada que ya no veía, de ese corazón que no pulsaba más; temblaba de entusiasmo ante la sublime intransigencia del hombre que lo había repudiado.

San Guchiatzade dijo: “Tengo un pedido para hacer”. Fue un pedido magnífico. No rogó por la vida. Re-



La divina Pastora (colección privada)

J. P. Bratton

poderoso ministro, el sustento del trono fue derrocado porque perseveró en ser católico y no aceptó el culto al sol que todos prestamos”. Podemos imaginar a los católicos en medio de la multitud, maravillados con el acontecimiento, mirándose sólo y combinando secretamente encuentros en la primera morada o el primer escondite, para comentar el nuevo triunfo de la gracia de Nuestro Señor Jesucristo y alimentar en este ejemplo la certeza de que la Religión Católica no moriría, porque la gracia despertó héroes de tal manera invencibles, incluso de la débil arcilla de apóstatas. Calculemos el entusiasmo que esto debería provocar.

clamó su antigua fidelidad, mostró que no había hecho nada contra el rey ni contra el Imperio, y que incluso había servido lealmente al padre de Sapor. Y a ese título, pidió una sola cosa: que heraldos recorriesen toda la ciudad de Susa, la capital del Imperio, para comunicar que él moría porque era cristiano. De esta manera, quería deshacer el escándalo que muchos cristianos habrían tenido porque sabían que Guchiatzade había apostatado, él que era el gozo y el honor de sus hermanos por la alta situación que ocupaba en los momentos en que se celebraba la Santa Misa.

Y el rey, a pesar de toda su furia, cumple con esta solicitud. Finalmente, camina hacia su muerte, es desrozado.

Momentos después, la ciudad de Susa escucha a los heraldos que proclaman por todas partes: “Murió el

Debemos caminar hacia el futuro con alegría, calma y confianza

Una aplicación inmediata de estos hechos es ésta: para las situaciones más tristes y de mayor debilidad del alma humana, siempre hay un remedio, un auxilio de la gracia, siempre y cuando se pida.

Seguramente Nuestra Señora rezo por ese hombre que había caído en una completa apostasía, tenía tantos lazos que lo ataban al mundo, fue un poderoso ministro y disfrutó de muchas ventajas en la codirección de uno de los imperios más grandes de la Tierra; él, por lo tanto, estaba tan lejos de la Santísima Virgen, pero por una oración se convirtió. Su encuentro con ese mártir que caminaba hacia el último sacrificio y se negaba a mirarlo fue evidentemente preparado por la Providencia.



El mártir tuvo esa reacción, inspirado por la gracia, porque en las condiciones en que estaba Guchiatzade, era lo que le haría bien. La negativa a mirarlo fue suficiente para regenerar a un hombre que había abusado de tantas gracias anteriores. Vemos a un miserable apóstata, que incluso poco antes despertaba horror, que de repente se transformó en un Santo de la Iglesia Católica, cuyo nombre mencionamos con respeto.

Debemos tener, en nuestra vida espiritual, una confianza inquebrantable en la misericordia de Nuestra Señora, en la omnipotencia de las súplicas que hace. Y de esta manera siempre mantenernos animados y perseverantes, como dice la Escritura: Aunque mil cayeran a mi izquierda y diez mil a mi derecha, yo seguiría luchando (cf. Sl 90,7). Lo que en el sentido espiritual significa: Incluso si apostataren mil a mi izquierda y diez mil a mi derecha, seguiría esperando. Y en nuestro caso esperar que María Santísima, en un momento determinado, rece; y de aquellas mismas almas, por las cuales tuvimos decepciones, tristeza, frustración, suba nuevamente hacia Dios el aroma de la contrición y la alabanza perfecta.

Así que debemos avanzar hacia nuestro futuro con alegría, calma y confianza. No sabemos el día de mañana, qué pruebas y qué batallas traerá para nosotros. No sabemos si incluso a nuestra derecha y a nuestra izquierda tendremos decepciones. No sabemos si seremos llamados al martirio. Una cosa sabemos: Seremos llamados más de una vez a exponer nuestra vida. No tengamos miedo a nuestro miedo. Es un error tener miedo al miedo. Debemos tener miedo de no rezar, de

no recurrir a Nuestra Señora. Si rezamos y nos volvemos a la Santísima Virgen, seremos apoyados, protegidos, y cumpliremos con nuestro deber.

El único miedo que debemos tener es de no estar unidos a Nuestra Señora

El único miedo que debemos tener es no estar unidos a Ella. Incluso para este miedo hay una súplica que encuentro muy hermosa, la oración *Anima Christi*, que se aplica enteramente a nosotros: “Alma de Cristo, santifícame; Cuerpo de Cristo, sálvame...” En un momento dado, encontramos esta hermosa petición: “No permitas que me separe de ti” – *Ne permittas me separari a Te*. Así que deberíamos decir: “Madre mía, sé que soy tal que, si fuese solo por mí, acabo separándome de ti. Pero sé que eres tan insondablemente buena y poderosa

que puedes, como si me prohibieras, evitar que me separe de ti. Entonces, mi confianza en ser fiel, resulta Madre mía, esencialmente de esto: no permitas que nunca me separe de ti. Estoy seguro de que, como nunca se ha oído decir que habiendo alguien recurrido a tu protección, implorando tu auxilio, fuese desamparado, esta súplica mía tampoco dejará de ser escuchada”.

Y cuanto más se acercan los castigos, cuanto más sentimos los peligros que nos rodean, tanto más debemos decirle al Inmaculado Corazón de María: “¡No permitas que nos separemos de Ti!” Ella nunca lo consentirá y, por lo tanto, nunca permitirá que nos apartemos de Nuestro Señor Jesucristo, para quien Ella es nuestro lazo de unión.

Esta es la conclusión que debemos sacar a la vista de la manifestación del poder de la gracia. Nuestra Señora no permitió que este Santo se separase de Ella. Él

llegó a apostatar, pero en un momento Ella lo llamó y él brilla en el cielo entre los Bienaventurados. Es un Santo canonizado por la Santa Iglesia Católica que, más que pregonar su penitencia entre todos los habitantes de Susa, proclama, con su ejemplo, la confianza en la misericordia de la Santísima Virgen para todos los hombres, mientras el mundo sea mundo. Pidamos que rece por nosotros y que cuando lleguemos al Cielo, lo encontremos allí bien unido a Nuestra Señora en el esplendor de su gloria para, en unión con él, amar a la Madre de Dios y a Nuestro Señor Jesucristo por toda la eternidad. ❖

(Extraído de conferencia del 12/6/1971)



Dr. Plinio en 1971

Archivo Revista

Soldados del Señor Dios de los ejércitos



La fortaleza se expresa en la vida humana de un modo más sensible en la carrera militar. De los varios ejércitos contemporáneos, ninguno llevó las cualidades militares más lejos que el ejército alemán del tiempo del Kaiser. Sus miembros estaban impregnados de la idea de sacrificio extremo en defensa de un principio, haciendo que no midiesen riesgos ni cansancios.

Según la Doctrina Católica, todo cuanto hay de noble y de bello en el mundo es un reflejo de Dios. Por lo tanto, el Creador posee todas las perfecciones en grado supremo, de un modo inimaginable, pero inteligible.

Más aún, no se puede decir que Dios tenga determinada perfección, pues Él es substancialmente aquella perfección. Por ejemplo, Él no posee el más alto grado de bondad solamente, sino que *es* la Bondad! Todos los grados y formas de bondad existentes en los Ángeles y en los hombres no constituyen sino participaciones creadas de la Bondad infinita e increada de Dios.

Así, si alguien dijese: “El Señor expulsó a los demonios del Cielo y, por lo tanto, es muy fuerte”, diría una verdad, pero no la verdad entera en su expresión más



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

enérgica. Ésta consistiría en afirmar: “Dios expulsó a los demonios del Cielo porque Él es la propia Fortaleza”. Y todas las fortalezas que hay en la Tierra son participaciones creadas de la Divina Fortaleza.

Tuve oportunidad de comentar esta virtud simbolizada en un ente irracional, como es el león. Sin embargo, me pidieron que tratase respecto de esa perfección divina reflejada en los hombres. Para eso pienso que es más adecuado analizar fotografías, aunque exista el inconveniente de que presentan elementos infectados de Revolución.

Cualidades militares dignas de atención y análisis

A mi ver, la fortaleza se expresa en la vida humana de un modo más sensible en la carrera militar. Y me parece que, de los varios ejércitos contemporáneos –al menos de la época de la fotografía– ninguno llevó las cualidades militares más lejos que el ejército alemán del tiempo del *Kaiser*. No por poseer el monopolio de estas cualidades, sino por haber alcanzado un grado que, en el género propio, no fue superado y, en cuanto tal, resulta muy digno de atención y de análisis de nuestra parte.



iwim.org (CC3.0)

Es bien evidente que ese ejército presenta defectos que lo tornan objetable bajo varios puntos de vista. El primero de ellos consiste en su carácter protestante-prusiano. La Alemania de la época del *Kaiser* ya no estaba más dominada por la Casa de Austria, como antes –o sea por una dinastía católica, paternal, altamente culta, distinguida y noble–, sino por una dinastía estrictamente militar, un tanto “sargentona”, protestante, con todo aquello que existe de rígido, inflexible, yerto y agresivo en el protestantismo.

Estas notas perjudican en algo –por cierto, no pocos aspectos del ejército alemán que pretendo comentar. Pero, para no estar repitiendo siempre, dejo esto dicho en la introducción, a fin de que después pueda presentar los lados positivos que nos interesan, en los cuales exactamente se puede ver alguna semejanza con Dios.

El mundo sin militares sería irrespirable

Las fotografías que voy a comentar datan de poco antes de la Primera Guerra Mundial y, por lo tanto, del período en que la Alemania kaiseriana había llegado a su apogeo.

Cuando estuve en Alemania era tan niño –tenía cuatro años– que no me acuerdo de nada respecto a eso. El único recuerdo militar que conservo del viaje a Europa en mi infancia no procede de Alemania, sino de París. Estábamos hospedados en un hotel cuyas ventanas daban hacia el Arco de Triunfo y, en cuanto jugaba en el suelo del cuarto, de repente oí sonidos de clarines. No sé lo que aquella clarinada determinó en mí, pero tuve un verdadero *frisson* y fui corriendo a la ventana. Vi entonces un escuadrón de dragones de caballería que pasaba, con la coraza, casco de metal con aquellas crines atrás y montados en caballos grandes, que avanzaban casi en paso de parada.



iwim.org (CC3.0)



Wittkötter (CC3.0)

¡Quedé maravillado! Nacía en mí el militarista. No soy militar, sino militarista al último punto, admiro mucho la carrera militar. A mi ver, el mundo sin militares quedaría irrespirable pues, para la armonía del espíritu humano, es preciso que en esta Tierra haya magníficos ejércitos. Ellos construyen más en tiempos de paz por su ejemplo que lo que destruyen en tiempo de guerra.

Pasemos a los comentarios, en los cuales procuraré seguir el siguiente método: descripción del cuadro, análisis de las virtudes representadas en él, y una referencia metafísica a Dios Nuestro Señor, Autor de esas virtudes.

Personificación del brío y garbo de su ejército

Una de las fotografías nos muestra al Emperador de Alemania, Guillermo II, comandante supremo de las fuerzas armadas, pasando el bastón de mando a un general durante una parada.

En primer lugar, hago notar el uniforme. El Kaiser está vestido como un general de caballería. En la cabeza, porta un casco de acero coronado por un penacho blanco. Al soplar el viento, esas plumas revolotean más o menos como si fuesen las alas de un pájaro. Cuando no hay viento, bajan y forman una especie de triángulo muy bonito sobre el casco.

Las charreteras eran piezas de rigor en los ejércitos de aquel tiempo, destinadas a acentuar la impresión varonil del cuerpo del militar, aumentándole los hombros.

Guillermo II tiene el pecho constelado por numerosas condecoraciones. De su lado pende una espada, y también se ven las botas de caballería. Monta un caballo de primera categoría, en cuyo dorso hay una montura espléndida, bellamente bordada.

El general está uniformado más o menos como el Kaiser, pero se percibe en él una condecoración especial: una faja que le toma el cuerpo, la cual hacía parte del

uniforme de los generales de mayor graduación del ejército alemán de aquel tiempo.

En la actitud del *Kaiser* notamos, antes que nada, el perfecto dominio del caballo —un animal fogoso—, que él monta con completa desenvoltura. Guillermo II está sentado en el caballo como sobre una silla; todo su cuerpo presenta una postura de firmeza y seguridad. Se ve en él el estilo marcial de un hombre consciente de que domina el ejército tal vez más poderoso del mundo y de que personifica, por lo tanto, el brío y el garbo de ese ejército.

El *Kaiser* se encuentra en la flor de la edad para un oficial superior, es decir, debe tener más o menos unos cuarenta a cuarenta y cinco años. El general ya es un poco más viejo y “pesadón”, representando menos bien el garbo militar bajo este punto de vista. No obstante, el ejército alemán tiene en él la figura de un guerrero supremo: calmo, seguro, varonil, digno y dispuesto a llevar las cosas para adelante.

Deseo de quebrar los residuos de la pereza

Otra fotografía nos permite ver los soldados de infantería haciendo maniobras y marchando con el famoso paso de ganso del ejército prusiano, que se comunicó a todo el ejército alemán y también a algunos ejércitos sudamericanos. Consiste en marchar levantando la pierna hasta la altura de la cintura para expresar resolución, ausencia de pereza. El hombre perezoso arrastra los pies, casi no los levanta; el soldado de infantería resuelto, dispuesto a luchar de todas maneras, que recorre a pie distancias enormes, levanta la pierna casi hasta lo inconcebible, manifestando sus deseos de violentar y quebrar completamente los residuos de pereza que siempre existen en una criatura humana.

Por otro lado, se ven los batallones rigurosamente alineados, y las filas que se van sucediendo con la decisión





LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

de luchar y de matar. Las bayonetas emergen de lo alto de los fusiles portados por soldados revestidos de uniformes oscuros y pantalones blancos. Quién ve un regimiento así tiene la impresión de una máquina de disciplina, de energía, de impacto férreo, dispuesta a todo para vencer y delante de la cual nada puede resistir. Es exactamente el estilo del militarismo alemán, bien diferente del militarismo español, más acostumbrado a la guerra de emboscadas, por medio de las cuales los soldados de España expulsaron de su territorio al mayor ejército de su tiempo, el de Napoleón, organizado según los modelos que más tarde el ejército del *Kaiser* habría de seguir.

Podemos imaginar el efecto que causaban millares de hombres desfilando horas seguidas delante del público electrizado. La población se sentía representada en aquellos hombres que personificaban el espíritu militar alemán; y el deseo de grandeza, de proeza, de osadía, el gusto de la organización y disciplina, que distingue a los alemanes, estaban allí muy bien expresados. Lo que encanta a toda esa gente es la idea de eventualmente hasta morir, en una suprema manifestación de fuerza y coraje.

Una de las más altas situaciones que la vida humana puede ofrecer

La próxima fotografía muestra a aquel que, a mi ver, es uno de los más bonitos regimientos del ejército alemán. Los soldados tienen sobre el casco de metal un águila, emblema del Imperio Germánico. Ella representa la fuerza en el mundo de los pájaros y, por lo tanto, simboliza el dominio. Se trata de soldados de caballería que visten un uniforme blanco con grandes botas, las cuales van hasta encima de la rodilla, y portan una espada.

En otro batallón, constituido de oficiales y que debe ser la guardia personal del Emperador, se nota una pieza de la vestimenta, una especie de *dolmán*, en el cual figura un sol que, a su vez, representa el dominio entre los astros. Es el astro rey, como el águila es el pájaro rey.

La alineación de las filas es impecable, correctísima, indicando cuidado, disciplina. Ningún soldado aparece en una actitud perezosa, con aires de quien tiene prisa de cesar ese ejercicio. Todos están contentos, felices de representar el papel de guerrero. ¿Por qué? Por la belleza de la lucha y de la fuerza en sí, por el *pulchrum* del holocausto del hombre que agota toda su vida en el momento en que realiza esto y puede decir: “Yo morí en el ápice de mi fortaleza”.

Vemos en otra fotografía una revista a las tropas. Los destacamentos están parados y el *Kaiser*, seguido de su Estado Mayor, va recorriendo los regimientos. Una vez más se nota la alineación impecable.

La actitud de los soldados es de quién se deja inspeccionar con entusiasmo. La del *Kaiser* y de su séquito, a su vez, es de quién comprende la nobleza que hay en comandar. También están alegres porque comandar la guerra significa comandar la epopeya y la proeza, realizar las cualidades del hombre en una de las más altas situaciones que la vida humana puede ofrecer.

La idea de holocausto en defensa de un principio

En otra fotografía podemos ver una carga de caballería. Se trata de un ejercicio que prepara para la guerra. Los oficiales y los soldados cabalgan a todo galope, con el sable en la mano y gritando, para atacar, en el caso concreto, a un adversario imaginario. Pero es una linda imagen de guerra.



Bain News Service (CC0)



Divulgatio (CC0)



L. H. Schifer (Wiesbaden) (CC0)



Photogr. Industrie Lens, Altona (CC0)



Divulgatio (CC0)



Bain News Service (CC0)



En las vísperas de la Primera Guerra Mundial, no se tenía todavía la experiencia de que, con armas de fuego muy evolucionadas, el uniforme brillante tornaba al soldado un blanco a largo alcance. De manera que en esa época los soldados todavía usaban lindos uniformes, lo cuales les daban conciencia de la importancia de su *métier*.

¿Cuál es la fuente del entusiasmo con que avanzan? ¡Todos comprenden cómo es bello andar a caballo, dominar un corcel brioso y sobre todo, cuánto es bello estimularlo a atacar, tener una fuerza que se lanza al encuentro del adversario para derribarlo, cuánto es bello matar y morir en defensa de la buena causa! Esta idea de holocausto, de destrucción del adversario y de sí mismo en defensa de un principio, hacía que esos hombres no midiesen riesgos ni cansancios. Para vivir esos momentos de apogeo, ellos sacrificaban todo.

Un mundo metafísico, de valores absolutos, que nos acerca al cielo

En una de esas fotografías, se ve la figura primorosa de un viejo general conversando con el Kaiser. Un hombre cuya barba es toda blanca, y se nota el cabello blanco que aparece por debajo del casco. A pesar de la avanzada edad, sin embargo, está tieso, recto.

Llamo la atención al casco. Es brillante, reluciente, posee una guarnición dorada que va hasta la quijada, y no tiene penacho ni águila, sino una punta que da la idea de que, a falta de otra cosa, el soldado alemán avanzará haciendo el papel del toro contra el torero, y luchará hasta la última resistencia.

El general está en una actitud que inspira, no el respeto que se tiene por una persona de edad, sino el respe-

to debido a un militar. Se ve que, si aparece un adversario, ese anciano toma la espada y sale a combatir. Es un hombre válido para cualquier cosa. La firmeza y la altivez militar se encuentran espléndidamente representadas en esa fotografía.

Podemos una vez más observar el paso de ganso en el desfile de los estandartes del Imperio, en el cual cada soldado lleva una insignia diversa correspondiente a uno de los varios regimientos. Además de la variedad y belleza de los estandartes de gala –todos bordados, riquísimos–, contemplamos también la diferencia de los cascos: uno en forma de cono truncado, otro con punta, otro aún con penacho.

Noten con qué garbo y entusiasmo marchan. Cada uno da la sensación de que está cargando en las manos el honor del propio regimiento, y lleva la bandera como quien porta un principio, un ideal, y lo lleva para la lucha.

Ellos no miran al público. Representan un papel para el mundo imaginario, metafísico, de valores absolutos, que está más allá del nuestro. Es el mundo hecho de ideas, de principios, que ya nos acerca al Cielo y a Dios.

Las Sagradas Escrituras atribuyen al Altísimo el título de “Señor Dios de los ejércitos”, es decir, el Dios de toda fuerza el cual se cierne encima de los ejércitos que defienden el bien y hace vencer a aquellos a los cuales Él quiere proteger. Se tiene la impresión de que esos hombres están imbuidos de la grandeza de ser soldados del Señor Dios de los ejércitos. ❖

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia del 12/1/1973)

Características del batallador de la Santísima Virgen

Existe, en el curso de la Historia, una lucha cada vez más encarnizada y feroz entre la descendencia de María Santísima, o sea, los hijos y esclavos de Ella, y la del demonio, esto es, los hombres que a él se entregan.

La época en que vivimos es de intensa combatividad entre esas dos falanges. Por eso toda la piedad y la formación espiritual de los esclavos de María deben ser ordenadas en función de esta lucha.

La traición es el arma habitual del demonio. Él actúa por medio de traidores que, disfrazados, preparan golpes de sorpresa contra los hijos de Nuestra Señora. Estos, por lo tanto, deben comprender que el espíritu de combatividad en relación al demonio se conjuga con el espíritu de desconfianza: desconfiar que satanás está actuando de todos los modos y por todas partes, con su infernal insidia.

Combatividad aliada a la desconfianza, he aquí las características del batallador de la Santísima Virgen contra la raza de la serpiente.

(Extraído de conferencia de enero de 1966)



La Virgen Blanca
Catedral de León, España